

EDUARDO MOSCHES

El río sin orillas

Antología 1979-2014

Prólogo
Eduardo Milán

poesía

El río sin orillas
Antología 1979-2014

COLECCIÓN LETRAS



poesía

EDUARDO MOSCHES

El río sin orillas
Antología 1979-2014



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

El río sin orillas. Antología 1979-2014

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Jorge Eduardo Mosches Nitkin

ISBN: 978-607-495-661-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/54/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Una memoria que encuentra su cómo

Sobre un telón de fondo, los acontecimientos. Ésa es la imagen. Ésa es la vida que el poema dice. La memoria no es para Eduardo Mosches un acto de desafío al tiempo, al olvido o a alguna forma de control. Es todo eso. Pero no ocurre como una decisión: no se memoriza por voluntad, no se emplea ese *reverse* como un acto de validación de uno mismo ante la invalidación de cada uno y de todos propuesta por el poder o los poderes descentralizados del orden del mundo.

La memoria para Mosches es una especie de flujo que integra la cotidianeidad. Vivir, hacer la tarea de la vida común, es hacer memoria. De modo que la memoria es un tiempo que no se gasta como tiempo. Se abstrae de la cotidianeidad y transcurre acompañando la vida de cada uno, pero viéndose como una conciencia alerta o como un estado alerta, especial, de conciencia. Es algo que está en nosotros, en nuestra vida más o menos quieta, más o menos inquieta. Otro es el carácter de la conciencia en tiempos difíciles. Pero es la misma memoria que se articula de otra manera. Son tres o cuatro temas recurrentes, obsesivos, los que permean la escritura de Mosches: el amor, la conciencia social y política, el estado de lo humano y la vida común.

En *Los lentes y Marx* (1979) estos temas se vuelven patentes. Los poemas transcurren en la normalidad de una existencia narrada a distancia pero que se familiariza por el modo de ser expuesta. Los poemas son materia dispuesta para ser entregada de inmediato, sin conflicto, al lector que, en este texto, no está en juego. Se trata de consignar más que de reflexionar, registrar más que develar. Hay una aceptación de la vida de las pequeñas cosas y señales, aquí y allá algo se prepara: una inminencia que no se dice —se intuye—, algo en el propio nombre del texto que alude directamente a la lectura, a la ley, al conocimiento, al apoderarse del mundo mediante una apertura de la imaginación. Ya este libro señala que algo oscuro se trama afuera del poema.

El relato de la vida *pequeña* transcurre con normalidad. Y el lector —silencioso en ese primer libro, sin ser requerido— descifra la materialidad benevolente del texto como un animal doméstico: un gato, por la flexibilidad; una tortuga, por el tiempo, o el acompañante por carácter, un perro. Hay que notar que los poemas tienden a confiar en el lenguaje que los habla con una cierta *naturalidad* o con una cierta ingenuidad sobre la naturaleza del lenguaje cotidiano. De ahí que a veces el propio contexto del poema, cuando hay una emergencia imaginaria, tienda a metaforizar eventos también ingenuos:

o el café caliente de la mañana tibia
que en esos largos meses
ya forma una humareda
que ahoga a los vecinos

En *Los tiempos mezquinos* (1992) comienza propiamente el relato del pasado, o sea, la construcción de la memoria. Si bien nunca pierde aliento crítico sobre su contexto y su propia biografía, que aquí entra de lleno no sólo como vivencia personal, sino también como relato distante y objetivo de modo de poder verse al ser mostrado, aparece en el tono de Mosches un elemento que no lo abandonará: la rabia. Justamente, la presencia de la guerra árabe-israelí es la que permite refrescar una historia que no termina nunca y en la que están involucrados intereses que no son propiamente los del pueblo palestino, el gran afectado. Pero el poema no se vuelve un poema histórico en el sentido de ser un transmisor de acontecimientos aquí o allí salpicados de subjetividad. El tono que logra Mosches es otro: un tono mítico que recorre los largos fragmentos seleccionados de los distintos apartados que llevan el mismo nombre “Las palabras”. He aquí un fragmento:

No brota la inequidad del polvo
ni germina del suelo la aficción
es el hombre quien la engendra
como levantan el vuelo
los hijos del relámpago.

El autor logra una especie de épica entrecortada por trazos líricos donde el sujeto de la acción tiene el referente de la historia —lo sucedido con carácter definitorio, lo que la historia crea como un destino— y a sí mismo como autorreferencia obligada.

El discurso está atravesado por ráfagas de nostalgia y de un dolor inocultable. Llama la atención las posibilidades de ese aliento poético que, en el conjunto de la antología, es el material que involucra al lector, lo devuelve a la acción y busca su conciencia. Más interesante aún es que Mosches no intente ni por un momento chantajear con el sentimiento, propio de un tipo de lenguaje *vencido*, muy de moda en América Latina, propio de los sesenta donde palabras como “compañero” eran reales y no formas de impugnarse a uno mismo con una cierta violencia. Hoy la violencia es uso casi exclusivo —en tanto legitimación— del Estado y de los poderes fácticos. Hay poca posibilidad de hacer violencia desde las palabras. Hay una conciencia poética alerta en ese largo poema que busca transmitir lo propiamente poético, la capacidad de conmover y generar, a la vez, algo mucho más profundo y de igual raíz: la conmoción. Esa escritura sugiere que la conmoción en un texto literario, en el presente, es mucho más eficaz como trabajo sobre la conciencia que la denuncia razonada y argumentada o la descripción fiel, y por lo tanto agresiva, de un hecho intolerable. Se entiende en este bello poema, de lo más fuerte del libro, lo que se sabía teóricamente del poema contemporáneo: su habla de lo imposible del decir, su habla de lo imposible de callar.

El tema del amor vuelve en *Cuando las pieles riman* (1994), un libro de desencuentro más que de celebración amorosa. La escritura de Mosches recorre aquí los puntos nodales de una retórica marcada por una década: la de los años de tránsito entre los setenta y los ochenta, donde el desencanto en relación con la utopía echaba

por tierra, si no frivolisaba, todo intento de unidad de un ser con otro. Es el momento de la frase exacta y visionaria de Jean-Luc Godard: “El mundo no está hecho para unir sino para separar”. La poesía pagó un tributo doloroso, un tributo al tiempo que se vivía sin ninguna esperanza de cambio en Europa y alguna esperanza, intermitente, todavía en América Latina —continente conflictivo en relación con su propia historia y con el conocimiento de su propia historia—. Ése es el tributo temático. Pero hay un tributo retórico que también se pagó: el de una escritura pendular, oscilante, entre lo que fue casi realidad y hoy es memoria prometida, y lo que causó esa posibilidad de ser truncada.

El lenguaje poético usaba un sorprendente arsenal lingüístico que no daba el tono de la realidad, angustiante y a la vez melancólica, vivida. Los poemas de amor son sensibles a esa alternancia de dicción que traduce una incertidumbre de vida. Mosches rescata su discurso de esa coyuntura lingüísticamente paralizante merced a una ironía que convierte el lenguaje en un ejercicio de levedad. No hay lamento, menos drama, hay aceptación de la circunstancia por la que atraviesa la relación humana con el otro, pauta clara de otra relación: la que ordena la sociedad con su transformación poco posible. Poemas como “Lanzafuegos” o “El viento a la izquierda” son luces intermitentes de esperanza ante la desazón: la realidad cotidiana, aunque el desencanto domine, asalta la propia sensibilidad en la percepción del sufrimiento del otro. Mosches juega un hábil juego de recambio en la apoyatura que hace para creer: como si su vida misma fuera un movimiento utópico, se recarga en la

infancia entre frustrada y feliz para proponer una esperanza, “un habrá” que pasa imperceptiblemente entre los escombros del presente. No es un viento, es una brisa, una especie de memoria condensada de aire, pero de aire fresco. Si algo es incuestionable en el libro de Mosches es su capacidad, fuera de lo común, de refrescar la memoria, no sólo la suya, sino la memoria compartida por aquellos que vivieron años donde todavía era posible hablar sin vergüenza de *comunidad*. Esto hace posible —la capacidad de mantener fresca, levedad— que la escritura de Mosches escape de la tendencia de la escritura de la época que evoca: la tendencia a metaforizarlo todo, a cambiar en imagen poética cualquier experiencia y a banalizar el propio proceso metafórico. La escritura, en vez de situarse en otro plano mediante el recurso de la metáfora, ahoga el procedimiento en una experiencia sin ninguna trascendencia más que el propio afán de consignación.

Pero, más allá del uso tropológico que Mosches evita hay un cambio de percepción sobre qué es la escritura, su situarse como entidad consciente de un valor distinto de la mera consignación, algo que se permitía vivir como señales en textos anteriores y ahora se lleva al discurso poético mismo. Se trata de un distanciamiento raro y eficaz ante los acontecimientos que no han variado —las guerras, el horror, la degradación, la explotación o, del otro lado, el amor con pequeños atisbos de redención de una vida, la amistad, las querencias—: ha variado el punto de vista, la capacidad de tratar a la escritura como entidad autónoma —o más autónoma— del sujeto que la emite. Sin embargo, en *Molinos de fuego* (2003) y *Susurros de la*

memoria (2006), especialmente en este último, Mosches transforma su poesía. Se puede leer en algún poema de *Molinos de fuego*:

Melodía sepia de atardecer
sonido a nubes negras
cimbran carteles y los puentes
aferran abrigos perfumados en alcanfor
mientras en los quicios de algunas puertas
niños comienzan a arroparse con sus perros.

En este poema el lenguaje ha dejado de estar *afectivizado* desde antes del decir. La antigua concepción de la poesía como palabra amable —en el sentido de rodeada de sentimiento— está ausente. En su lugar, un giro hacia la precisión del lenguaje transforma la escena en una especie de instantánea congelada: hay un control de la escritura que favorece lo que se quiere transmitir. A menos sentimiento, mayor efecto. El nivel de la desolación concentrada aumenta el nivel del impacto. En *Susurros de la memoria* la duplicidad o la complicidad de la escritura con otra, la misma, amplía el efecto plástico de la escena: crea una especial forma de *exterioridad íntima*. Un cuadro de escritura como lo explica mejor el siguiente fragmento:

La amplitud de las praderas de trigo y vacas
tragó con voracidad
la tibieza y el marrón manchado de su pelaje.

Su imagen protectora deambula
en las esquinas abandonadas y fértiles del recuerdo.

Color azul de un ala de la evocación
toma entre mis dedos tréboles amargos que se alejan
sin cumplir deseos y ansias sin madurar
caer en sombras de lo transcurrido
tiempo: aroma a flor de los naranjos.

Se trata de efectos de creación de profundidad y superficie en la escritura. Donde habitaba la monocordia ahora habita la profundidad de campo que transforma el texto en una suerte de cámara de resonancia: es el efecto de un poema completo más allá de la dimensión de la página. Al margen de que el discurso pueda aludir al acto mismo de la memoria en proceso, hay una ampliación del área de significación porque se mantiene el sentido en estado latente. Se amplía el horizonte sugestivo del texto, se olvida por un momento la *obligación poética*, el imperativo categórico de un deber ser poético de una u otra manera. Mosches descubre esta felicidad: cuanto más se libera un texto más poema quiere ser. Y lo es. La memoria encuentra así su formalización posible: un texto que, partiendo del mismo acontecimiento que por una vía se desarrolla líricamente, se vuelve otro hasta objetivarse como otro. El efecto es de un comentario al texto base —que sigue siendo un poema— pero que no necesariamente está escrito en otro lenguaje, un lenguaje crítico, por ejemplo. El otro lenguaje puede mantener —y mantiene la

mayoría de las veces— el mismo tono y el mismo modo articulado de la escritura pero, ante la percepción del lector, crea una especie de espejismo de escritura. La misma disposición física de las cursivas, su inclinación a la base en relación con la verticalidad de la primera escritura, refrendan el efecto especular. “Luz opaca de reminiscencia”: así abre el fragmento que selecciona Mosches para disparar ese momento de escritura que hace cuajar el objetivo del libro, más allá de las significaciones particulares que encierre cada poema en sí mismo o cada libro antologado. En esta amplia muestra, Mosches demuestra, poema tras poema, que no olvida el sentido fundamental de su aventura: inscribir, en una suerte de no tiempo imaginario, los fragmentos de vida que hilaron su existencia.

EDUARDO MILÁN

EL OJO HISTÓRICO
(2014)

El hueso del recuerdo es roído
por el azul doloroso.

La música le susurra
teje el aroma
mueve su paso joven hacia otras caderas
el pie engarza pasos
que deslizan sensualidad
de diferentes cuerpos
se desgranán junto al bandoneón.

Su propia voz enlaza palabras
sobrevuelan
para anidarse en versos sencillos
animan sus mañanas y muy pocas noches
mientras el caballito de los sueños gira animado
a colores de golpes de hadas bastante callejeras.

Ciudad y puerto envuelta en palabras de vidente
la isla queda atrás de las muescas
(piel hecha nudos en las nubes petrificadas)
la rodea el agua profunda de los viajes
sin realizar.

La mancha húmeda se abre
corola en primavera

agiganta
mientras el dolor
prendido a sus corvas estalla
destila luz
como alcohol en la lengua prendido
angustia y espasmo cuece sus muslos
duele iluminar la sonrisa
la umbría cueva está por parir otros sonidos
carne tibia y piel ensangrentada.

La mancha disminuye
ante la luz del dolor.

El ojo histórico

El terremoto de San Juan ha sido violento. En este cataclismo se han apagado centenares de vidas. En San Juan los muros que aún quedan en pie están siendo demolidos con el empleo de guinche y máquina pesada. Implantado el toque de queda, la ciudad pasó la noche en la calma más absoluta. Hoy, desde la mañana temprano, se renovó la actividad consagrándose numerosas cuadrillas de obreros y voluntarios a despejar las calles de escombros. Por otro lado, una intensa labor desarrolla la oficina destinada a la búsqueda e identificación de los menores desamparados.

La Razón

25 de enero de 1944, Buenos Aires

Forma el sudor una leve película sobre el labio superior.

Los ojos miran todavía el lento desmoronarse de las paredes,
se adhieren los gritos al marco de las ventanas,
intentan detener la caída de los cuerpos
en la tarde en que el sol no admita sombras sino llantos.

Las uvas de ese año crearon en su líquido
cantidad de fantasmas envueltos
en la violencia del temblor.

El vino tinto enloqueció,
era fuerte el hedor de los cuerpos muertos.
Resquebraja el dolor las barricas y las uvas,

dejar que el líquido se bañe en la sombra de la luna,
es mucha la aficción para ser vista por el sol de mediodía.
Pega al centro, duele.

El vuelo de los sentidos

El niño pasa primero por el estadio oral, es decir que su interés recae en los alimentos, en lo que absorbe. En la fase oral vemos una enorme dependencia con respecto al objeto. Ésta parece ser sensual: en primer lugar, ligarse a todos los aspectos de la nutrición y más tarde, hacia los siete u ocho meses, convertirse en una dependencia visual.

HENRI WALLON

He nacido junto con mi madre. Hace frío en esta luz.

Mis oídos no descansan. Todo es dolor ruidoso,
las pieles delgadas que me cubren se desgarran,
cobijas me susurran su música
el aliento materno entibia mi cara,
la nariz dialoga con el pezón erecto,
borboteo cálido penetra entre mis labios,
desliza
tibieza líquida en la piel que la rodea.
Extraña sensación sin agua que me rodee,
no es fácil vivir sin laguna.
Adormezco hasta la próxima vez
donde me encontraré con el pezón.

Mis ojos cerrados sólo pueden mirar hacia adentro.

El escaparate

“Acariciadora y fresca como la brisa del mar
Guillette-delgada afeitada con suavidad sin par”.

Las mañanas son naranjas cargadas de jugo
vertidas en un vaso
esas legañas con el tiempo han construido
largas telas en que la espera balancea
el aburrimiento somnoliento.

La almohada refugio de los sueños sin cumplir
olvidada en los espasmos de lo sucedido
 la hoja corta la barba crecida
medra el deseo de asesinar la costumbre cotidiana.
Lavar el cristal de la ventana
no hace posible que surjan nuevos paisajes.

El ojo histórico

Fue asaltado el pueblo de Metepec. Una gavilla compuesta por 25 hombres, encabezada por Rubén Jaramillo, asaltó ayer a este pueblo. La plaza principal estaba llena de gente, por ser domingo, cuando los bandoleros hicieron irrupción disparando sus armas sobre todo el mundo. Dominada la débil resistencia que los vecinos hicieron, los bandidos saquearon las casas de negocios y se llevaron cuantioso botín.

El Universal

24 de febrero de 1944, México

Tocaron campanas con su voz grave

Los niños jugaban al círculo del nunca encontrarse

El aroma a maíz asado revoloteaba

entre nubes de egoísmo

el fragmento helado resbaló en la barbilla infantil

Los cigarros se prendían al ritmo de las vueltas a la plaza

las miradas se encaminaban con un toque de lujuria casi hipócrita

observar la geometría de la sensualidad

Círculos, curvas y líneas paseaban como brasas

Saltó destrozada la paz aparente de los domingos

llegaron a balancear la historia de los sufridos

con el estruendo asfixiante de las balas

Algunos se quejaron por la pérdida de dinero

otros se sonrieron

y las palomas siguieron volando en círculos

a la espera de la ruleta de los girasoles
Semillas de esperanza se refugiaron en el viento
Otro día despanzurrado
en la liturgia de la pobreza

La ciudad en el viento

La ciudad de México está de tal manera situada que ha padecido frecuentes inundaciones de las aguas que bajan en abundancia a sus lagunas, de los altos montes que la rodean [...] Viéndose obligados los habitantes a andar en canoas dentro de la ciudad...

El cielo dio vuelta sobre sus corvas

humedeció la altura

enfebrecido el aire

se hizo lago emergió tierra

Una alta reunión de piedras creció entre lavas

La montaña teje arañas de más montañas

La sonrisa de las nubes se hace impulso

gotas se unen en esa carrera ágil

líneas de agua dibujan sobre las palmas de las manos

No hay cocos a estas alturas

reman para buscar lo que no está

lo que quiere ser encontrado

un arco iris sin monedas de oro

la tibieza balando de una cabra

leche que escurre hacia los labios

dos cuerpos cálidos hacen hoguera

para encontrar un nopal sumergido en mezcal

Dando vueltas crecen las flores anchas y coloridas

buscar el agua todo inicio se rodea de líquido

las uñas tejen anzuelos para encontrar la pesca que los ríos
salidos de su cauce
sólo buscan amar refocilar

Las brasas ardientes crepitan con el agua

Desde el horror

Había ratas tan grandes como gatos que corrían por todas partes y mordisqueaban los cadáveres e incluso atacaban a los moribundos que no tenían suficiente fuerza para apartarlas... (Dentro) los colchones de paja estaban sucios y se cambiaban sólo cuando estaban completamente destrozados. Las camas estaban tan llenas de piojos que uno podía verlos caminando como hormigas.

MARÍA VAILLANT COUTURIER
Miembro de la resistencia francesa
y prisionera en Auschwitz

Los asesinos están desatados.

Buscan el mundo
a través de la noche
luz fría en los ojos.

Los colores se anublan en la tristeza
árboles raquíticos observan
testigos junto con el alambre de púas
huellas de piel en los atardeceres
senos pequeños pesados caídos
desdibujan cualquier sensualidad en ese deambular de cuerpos
pierden por su absoluta delgadez el perfil humano
huesos respiran en osamenta viva
se agrupan se arropan las pieles casi heladas.

La sopa calienta el corazón en esta marea de muerte
cómo expresar decir significativo
sin caer en lo trivial dramático
tanto espanto no es creíble
los mitos se mueren en el laberinto de lo real
el odio como motor de creación
tanta muerte aplasta tanta intención de matar
hace mover las raíces de los árboles
la madera vertida en poste vigilante
resguardar
los corazones quemados
convertidos en humo gris
asfixia.

El vuelo de los sentidos

El niño de 40 semanas rápidamente escapa de la horizontal, rodando o elevándose a la posición sentada. Un impulso a permanecer parado (con soporte) es irrefrenable... Demuestra nuevo interés en las palabras, tanto en condición de receptor como de productor.

ARNOLD GESELL

Enfrentar no sólo con los ojos
el interminable acto del amanecer.

Mirar a los ojos al sol
avanzar débil sostenido por las pautas ansiosas
tomar las orejas del planeta en sus manos
erguido ante la jauría de los lobos y chacales
una nube de gaviotas da vueltas sobre la cabeza
tomar vuelo ampliar el universo descubierto por la acción
afirmar el horizonte aguzar los sentidos
saber que el mundo gira
la caída y su dolor es forma de descubrir colores
se desvelarán
furibundo rojo en la cáscara de las manzanas.

La palabra inicia el comienzo del universo
las vibraciones del sonido crean los ritmos
el oído se convierte en la gruta mágica

creada la forma después de que se escucha
manchas de las imágenes amanecen con timidez
pasado el canto de algún canario
el leve raspar de las uñas en la piel
comenzamos a entender la luz
cuando lo auditivo invade ese cosmos diminuto
que se ha erguido y farfulla.

Ahora podemos escuchar el corazón.

Los nueve soplos que coagulan y enlazan
la creación del propio espacio.

El aliento es sonido.

El sonido es palabra.

La palabra es razón.

Todo es futuro.

El ojo histórico

Harán un paro de protesta hoy los hilanderos de Puebla. Fábricas de hilos en Puebla se comprometieron a pagar los sueldos caídos de los trabajadores y no han cumplido. Por lo que los trabajadores textiles convocan a paro general. En las fábricas Martha, San Félix y El Carmen en la misma entidad han llevado a cabo el pago de salarios caídos.

El Nacional

4 de mayo de 1944, México

La noche se llena de esquinas envueltas
en el rebozo de la angustia
manos buscan trozos de luna para amortiguar
los rezongos que la vida cotidiana
unta en las caras y sonrisas
en los pezones llenos de tanto parto.

La mañana va saliendo detrás de las estrellas
los nudillos duelen de apretar
intensidad de esperanza
la trama se hila en los baños de colores
que el arco iris
descuelga detrás de los cuentos con cofres
riqueza de leche y becerros de oro.

Cuerpos que giran crean líneas
en los restos de sábanas
hilándose al ritmo del amor y humedades
amanecer de sonrisa y café al lado
huesos delgados cubiertos con piel de primavera
uñas malmordidas en la penumbra de paralelas
cruzan el hemisferio de los propios recuerdos.

La tela extiende la inmensidad de los años
abarca campos invisibles
cubre los cuerpos de refugio ante la lluvia
los calores y el frío que despunta en las mañanas
en todo amanecer.

La araña urde un sol que segrega líneas
se enreda en los hilos de su propia libertad
mientras ellos mastican horas envueltos en la velocidad
metódica del huso
artesanos de la tela del mundo
de tanto mundo de desconocidos vestidos
desnudos del destino
¿quién puede vestir su tremendo vacío?
tejer y conocer
secretos del pasado y porvenir.

La mañana se evoca frágil.

El ojo histórico

En las entradas al Distrito Federal, los policías de las casetas cobran mordidas para poder introducir el maíz a la ciudad. Muchos productores se niegan a pagar y se les decomisa la mercancía. Piden que el C. Presidente tome cartas en el asunto.

La Prensa

20 de junio de 1944, México

No revolotean por las noches
ni tampoco llegan a vivir cientos de años
no tienen familiares lejanos en las montañas de Transilvania
ni visten de negro tampoco les crecen alas
para volar entre los balcones las camas de sábanas blancas
en gráciles cuellos de doncellas

No se difuminan con estacas de madera
ni ante las cruces se espantan
con ironía a veces las usan colgadas sobre el pecho

Llegan a mordisquear por fragmentos la pobreza
levantan la prepotencia sobre huesos delgados
la comida caliente infla sus carrillos
la rabia escurre en la saliva
se convierte en un barro que dará ladrillos
para los que se encaraman a mirar un poco de horizonte

Desde el horror

Nuestro primer gesto de hombres libres fue lanzarnos sobre las vituallas. No pensábamos más que en eso. Ni en la venganza, ni en nuestros padres, sólo en el pan. Y aun cuando ya no teníamos hambre, nadie pensó en la venganza. Al día siguiente, algunos jóvenes corrieron a Weimar a juntar patatas, buscar ropas [...] y acostarse con las muchachas. Pero de la venganza ni rastros.

Tres días después de la liberación de Buchenwald, caí muy enfermo: una intoxicación. Fui transferido al hospital y pasé dos semanas entre la vida y la muerte.

Un día pude levantarme, después de reunir todas mis fuerzas. Quise verme en el espejo que estaba colgado en la pared de enfrente. Desde el *ghetto* no había visto mi cara. En el fondo del espejo, un cadáver me contemplaba. Su mirada en mis ojos no me abandona jamás.

ELIE WIESEL

Gira el planeta sobre su raída osamenta
la piel de los árboles cae en jirones
velando el iris de los vivos congelados
absortos en su monólogo interior
encaramados sobre una calavera
se introducen los cuerpos en búsqueda de un laberinto con salida

La memoria es un cántaro
donde reposa una nube
la cual cobija los recuerdos acres deshilados
llovizna sobre los temporales

las arrugas se enhebran como una sábana
que cubre la forma alargada de la sombra de mi cuerpo

Pequeña flama bambolea ilumina
los intestinos pedregosos
al fondo de un pozo flotan alas de mariposas de los veranos
las palmas de las manos moldean una masa pastosa con los
[recuerdos
hebras de un tejido hechos de huesos y cenizas
ruedas de carro dan vueltas en el vacío de las lluvias
algo de verde tierno gime en el intersticio de una sonrisa

La cantante muda

Las hojas se han liberado de las ataduras
de las ramas
revolotean con el color ocre del tiempo
(se deslizan por el cielo de la vida)
transcurrido a lo largo de un año.

La piel del vientre sólo rememora
el regreso a su tersura
fue nido y lago
del que ahora gatea y erguido
avanza a través del bosque de las sillas.

Futuro tambaleante.

Juegan los ojos a mirar más allá del sonido
melodioso de la exigencia
las manos acarician el deseo de acariciar
piel mucho más curtida
a entrelazar los muslos con los muslos.

El aire se disgrega en partículas sonoras
momento en que la voz fragmenta
vaso cristalino del corazón
en esa canción recuperada
anhelo arrojadizo de la existencia amorosa.

El discurso de la pasión roe la madera de las carnes
promiscuidad de dos
a veces ocurre el milagro de las manos
se convierten en muchas manos
fruto de la ansiedad.

Se abre el ventanal hacia paisajes
frescura matutina de amanecer
el sol trastabilla redondo en la planicie sensual
las manos pintan tejen y destejen
la figura vibra de sexualidad.

La mudez finaliza
en ese grito ronco
de claridad y dureza
la mente sensaciones y cuerpo
de un viaje diferente
a través de las lagunas del futuro.

Futuro labrado sobre la piedra
de la propia existencia.

La voz se hace pájaro
barrotes destrozados
de una existencia momentánea
a volar por las praderas y edificios
de la vida sin imposición.

A volar
elevarse y flotar
deambular entre los matices variados
de historia abarcada en la sonrisa
aumentada por el placer
de las savias
que surcan la existencia
entre la pobreza y el dolor
tanta rodilla raspada por la inequidad.

La voz va en búsqueda de otras voces.

LOS ENEMIGOS DEL SILENCIO
(2014)

El cercano enemigo

Insomne

Imágenes y asociaciones ingratas

giran con regular velocidad.

Apareció,

ese conocido que trastorna el descanso

en una ampliable

angustiosa sensación de espera:

el sistemático golpeteo de un bastón

sobre las sienas.

La cama descansa como un papel arrugado,

colchón que anida vuelos nocturnos.

Ladra y gruñe el perro interno

hacia mi propio espejo,

el azogue se llena de una luz hiriente;

mientras intento con respirable zozobra

acercarme a esa estación distante

de la tranquilidad del sueño.

El descanso de los ojos cerrados.

Dejar caer las sombras sobre la brillantez de la vigilia,

de respirar con ansias
el descanso que merecen los ojos.

Abro las páginas de un libro,
mientras la angustia arde
en el silencio carcelario de la noche,
la lectura se dedica a deshacer el tiempo
esas líneas de palabras cobran cierta independencia,
 (las sienas palpitan la garganta está seca)
para convertirse
en una soga gruesa de palabras y tinta
que rodean el grito mudo e interno,
una soga que se anuda y acrecienta los ritmos
de mi respiración,
continúo en la acción de la queja sin bálsamo.

Se amplía el doloroso grito del silencio.

II

Es sólo una espera que sólo espera
la tranquilidad de la luz
para seguir gritando.

¿Qué sucede en alguna otra ventana
donde se perfila en plena noche
la luz de una lámpara?

III

Dar vueltas en la cama es rodear
los pensamientos que se enhebran
en el agujero ciego de las experiencias,
se vierten en esa especie de corriente acuática
sensible y fluida de los problemas sin resolver.

Mantener el sueño entre los dedos
para que no se pierda,
querer hundir los dientes con suavidad
en la garganta dulce
convertida en recuerdos de lo amado,
lo vivido en el trajín de los caminos
que llevan a encontrarse con paredes descascaradas,
a cierta ventana abierta al paisaje:
reflexión de tanta historia
pequeña y personal acontecida.

XXII

En instantes de suma sequía amorosa
una langosta se dedica,
con minuciosidad,
a mordisquear la noche de mi sueño.
Tarea que consiste en desmembrar algunos recuerdos
de la rama del árbol de las acciones,
selecciona momentos nebulosos en el tiempo,
que al desvelarlos este individuo sedentario y volátil,
(la luz del recuerdo se ilumina débil)
una sonrisa se forma golosa
al pensar que rasguñar las piedras
crea pinturas rupestres muy de adentro.

Esa langosta a veces se transforma en enjambre
dedicado a destrozar las paredes
que separan la noche de la luna,
para trenzar los ruidos que la noche crea en su silencio,
y la langosta revolotea sobre el grano de mis carencias,
que son historia gastada personal
de la cual puedo aprender algo todavía.

XXIII

Desaparecen las plumas de la almohada
se convierten en alas casi transparentes.
Mi madre regresa de vez en cuando
por las noches
mira mi alrededor
mientras doy vueltas en las sábanas blancas sin almidonar
acompañado del recuerdo de sus ojos azules sonrientes
y sus arrugas de tristeza.
El techo se transforma en agrietado espejo
mientras la lluvia se convierte en goteras.
No he tomado mi té de siete flores.

XXIV

El sol no mata al insomnio
sólo nos revela su fuerza
en la claridad del amanecer.
Mañana será otro día.

Despedidas y reencuentros

Un viaje de reconocimiento

Pasaron treinta años para reencontrarme con la ciudad donde nací. Franqueada la aventura del vuelo, aterricé del otro lado del río, pisé la pasarela del buque y me senté frente al amplio ventanal de la sala para ver pasar las olas alebrestadas, ondeando con fuerza, como si se creyeran mar. Surcaron las olas muchas veces y varias horas, comencé a ver algunas construcciones de la costa. La primera idea que me asaltó fue pensar que a ese mismo puerto llegaron mis abuelos muchos años atrás, un siglo por lo menos, lo cual no es poco decir. En otras condiciones, sin tanto ventanal ni edificios horizontales que los recibieran. Llegué a puerto y ahí inicia ese pequeño proceso de reconocer, reconocerme, en pedazos vivos de mi ciudad.

Una ciudad armada con los hilvanes ligeros de la memoria, ese trazado idealizado por la distancia que el tiempo, inexorable, desdibuja, crea otros, los árboles han crecido, los perros han muerto y el ladrido ya no se escucha, los amigos se han ocultado detrás de sus arrugas y tazas de café, han nacido sus hijos, que hace un tiempo largo les ha cambiado la voz y hasta tienen hijos propios.

Ha quedado el recuerdo un poco ajado y los edificios se van acomodando en los circuitos memoriosos, mientras sus apellidos aparecen en la realidad de los paseos, junto con las estatuas que cabalgan cansadas y cagadas por años de palomas, que han muerto y renacen en su revolotear.

Mis calles de la infancia en apariencia han cambiado poco, el adoquinado persiste casi igual, el número 4443 sigue firme al frente de lo que fue mi casa. Los gritos y los juegos se han disuelto, esfumado, entre las grietas de las paredes, mis rodillas ya no recuerdan los juegos, sólo algún que otro dolorcito. Apenas veo las espaldas de la gente, no encuentro cara conocida, nadie tampoco llega a reconocermé, todo se ha disuelto, exactamente, como el helado que comí, muchas veces, cuando niño, en la heladería, a la salida del cine Júpiter, ese planeta de la imaginación que ya no existe, que se fue hacia algún rumbo de la Vía Láctea.

Para abarcar un poco más en el tiempo, caminé en un giro más amplio para regresar a mi punto de partida, y en ese deambular sin demasiada precisión me topo con la dureza visual de un cartel, en letras de colores, que sólo dice: *Garage Olimpia, lugar de secuestro y exterminio*. Ahí, a dos cuadras de lo que fue mi casa de la infancia, donde salté, reí, reímos, lloré, me mojé con la lluvia de otoño y me dolieron los pies al caminar en invierno por las mañanas. Ahí, a metros de mi infancia, crearon gritos y angustias, dolor encaminado a crear respuestas de dolor. Duele tanta infancia destrozada

de otros, tanta juventud orillada y lanzada al vacío húmedo del río, donde flotaban poco y se hundían hasta agotar toda la luz.

Sí, en ese mismo río, donde llegué en buque hace unos días, regresando a mi país después de treinta años.

La carrera

El camino estrecho a veces
estaba colmado de vallas, más o menos altas,
no sólo había que montar en plena infancia caballos a pelo,
también había que acercarse con sigilo temeroso
a intentar recibir el abrazo materno.
Cabello negro, suave y largo.
Cálido pecho, tibio para los otros hermanos.
Le roía el ánimo amoroso,
las gotas de sangre se acumulaban con la lluvia del desamor.
Saltaba vallas cada vez más altas.

Corría y corría detrás del cabello negro y suave.

La infancia quedó atrás, pegada al azucarado vaivén de las
[manzanas
rojizas y mordidas hasta el último resto de semilla,
mientras el caballo se fue perdiendo
hasta esconderse en la amplitud de la pradera familiar.
Sus piernas fueron su caballo.

Corría y corría.

Avanzaba entre los árboles.

Dejaba atrás los escritorios repletos de papeles, poemas y man-
[chas de tinta,
se vaciaban los tinteros llenando de noticias el periódico,
graznaba con dureza el repiqueteo de las letras de esas cansadas
máquinas de escribir, sudorosas como las yemas de los dedos.
Algún muerto se llevaba la noticia del día,
mientras en los recuadros húmedos de tinta
se caía una mujer por un barranco
que no era un escenario de vodevil sino el trueno del odio
que cimbraba los vasos mal servidos de grapa
mientras el juego de cartas continuaba a la voz de mando de los
[militares
que realizaban alguna otra entrada a palacio con sus tanques.

Y él corría y corría.

De la circular pista de competencia
atravesó arroyos inexistentes, pasó por el obelisco,
arengó parado sobre un cajón de manzanas oscilante,
la gente asentía sobre la verdad de sus palabras,
los votos fueron comprados y perdieron como el país.
Años más tarde hombres y mujeres se lavaron los pies
para hacer un poquito más limpia algo de la historia

contada por los abuelos que bajaron de los barcos
y a los otros que quemaron sus toldos, sus niños y la vida original.

Y él corría y atravesó países.

Desayunó en algunos,
en otros hizo las tres comidas por largo tiempo.
Pasaban las letras, los cariños se esfumaban
en el fantasma de la mujer buscada y no siempre besada,
su cuerpo descansó en el sudor salado del amor.
Tuvo hijos, les habló,
acarició con temor a las propias caricias.

Corrió y corrió sobre las aguas.

Eran países de climas diferentes
El sonido de las vocales era distinto
Ni hablar de consonantes con resonancias frágiles
Brutal calor arropado por el desierto
Se encontraban tablillas rotas sin decálogos
Los huesos de los cadáveres resplandecían con el sol
No había naranjos mustios pero el aroma de azahar
se mezclaba con sangre seca
las sonrisas a pesar de todo eran sonrisas
y los niños jugaban con alegría entre sí.

Corrió y corrió sobre las aguas.

Los buques llegaron cargados de recuerdos de sinagogas
humeantes y oraciones que se perdían en los panes trenzados
mientras las barbas de los bisabuelos oraban y oraban
buscando en las palabras escondrijos de ética humana,
mientras los sábados se escondían ante el temor de sables

[desenvainados,

las mujeres perdían sus pelucas y subían a las barricadas de los

[domingos.

El tejido de los deseos se fue convirtiendo en cierta realidad,
al ritmo cansino de los caballos sedientos
que daban vueltas alrededor del placer
con unas nubes convertidas en lluvia
mientras los gordos girasoles se perdían en la memoria
envuelta en el eclipse de lo vivido.

El jadeo en el correr aumentó
a medida que los cabellos se hacían más delgados
la isla se fue sumergiendo
hacia el ocaso de su propio continente.

Se perdió el camino
hacia el ombligo de los recuerdos.

La palabra

Mi padre grita,
se despierta con dolor,
la cama se ha convertido en su territorio,
gira, se revuelve,
sus talones se hunden en el colchón,
como si fuera tierra.

Se adelgaza la vida de mi padre,
la mirada se ha perdido
al interior de sus anteojos.

Sus palabras están tejidas con un hilo quebradizo,
se cuarteán,
grita de dolor, de rabia,
el narrador de historias y agudezas
se ha quedado sin voz,
el dolor ha reemplazado a la palabra.

Dejando atrás

La ciudad se cubre los ojos
respirar agitado entre el temor y la angustia.
Las nubes se llenan de pájaros oscuros,
revolotean sobre los cadáveres que van a existir.
La letanía de los mensajes penetra por las uñas,
se deslizan a través de las venas,
surcan el cuerpo afiebrando al miedo.

Huir de los otros cuerpos,
no acariciarse,
los ojos esquivos,
mirar ese otro cuerpo, los otros cuerpos,
las manos y sus pies
con las náuseas del posible sufrimiento.

Las lajas de los cementerios
cubren con pesadez
el espíritu de los vecinos.
Las bocas respiran a través del tejido
no hablar no comer no besarse.

Los caballos atraviesan el horizonte a trote cansino,
pisan pesadamente en las osamentas de los deseos,
el cerrojo de las prohibiciones abre su boca ávida,
hundir los dientes revolotean los vampiros,
las alas se llenan de tabúes,
mientras las sotanas marchan y marchan
al sonido de los tambores del pasado.

La ciudad y su gente se revuelve
arrullada por las hojas de los árboles afiebrados,
una nube abre su ojo y la lluvia humedece
los hombros las cabelleras los huesos los tejidos,
todo flota sobre ese río de las nubes.

El sol entibia los cuerpos,
el mío y el de ella
y jugamos al no me importa
mientras las pieles se sonríen,
se rebelan pintando nuevas pecas gozosas,
componen la música de los susurros y quejidos,
dejan atrás las letanías de las prohibiciones.

No es maná lo que cae

Sopla el viento adusto en su frialdad,
los pantalones y camisas que penden de los tendederos
se mueven como en un caminar agitado de borracho,
las ramas se inclinan en un acto de casi sumisión
al embate húmedo de las gotas gruesas
que derramarán los ruidos sobre la tierra seca y caliente.

No es granizo que cae
son cabezas cayendo,
pegan en el follaje de los árboles,
se abaten sobre el techo de las viviendas,
se hunden con firmeza en la mezcla pegajosa de los basureros,
resbalan y se sumergen en las ollas de guisado,
se abrigan y refugian angustiadas en las hojas de los calendarios,
algunos niños entre el asombro y ferocidad
juegan con ese balón de carne,
se maceran sin poder bucear
en los ríos caudalosos
que caen
en las alcantarillas de alguna calle en la que todos viven.

Rebotan sobre la tela de los sentimientos de los que todavía
[caminan,
mexicanísima forma de morir y matar bajo el sol y sin sombra,
ruedan y ruedan como gritos que saltan desde las lágrimas aéreas,
las cabelleras engendran delgadas colas de cometas, para ascender
[lento
y caer desde el reclamo de la angustia.

Todo recién nacido en estos días trae una cabeza bajo el brazo.

La sed del asco ha hecho eclipse en nuestro sol humano.
Las cabezas siguen cayendo.

Cada vez me cuesta más conciliar el sueño.

Nubes y bruma

Las nubes tejidas en
deshilados grises amenazantes,
encaramadas sobre el cerro
picoteado por el tiempo,
avanzo en ascensión difícil;
la respiración se desgarrá
a través de mis dientes,
los árboles y sus raíces aéreas
forman figuras que entrelazadas
crean una especie de techo protector
de los rayos del sol,
los cuales sólo se vislumbran al iluminar el agua
del riachuelo que humedece las gruesas piedras
de esa larga escalera
que nos dirige al cielo de la pirámide.

La bruma, especie de embrión de nube,
envuelve mi marcha hacia el encuentro
de lo desconocido pero deseado,
mis pies pisan con cierta firmeza suave

la piedra desgastada,
por otros tantos pies de caminantes,
que fueron a la búsqueda
de otras nubes y otra pirámide.

El sonido de voces humanas
entrega cierta calidez diferente
a la ascensión
en este espacio donde la historia y la naturaleza
han descruzado sus rodillas pétreas
para sujetarlas
a las nubes que viajan.

Hay algunos gorriones que hacen verano.

SUSURROS DE LA MEMORIA
(2006)

II

Luz opaca de reminiscencia
confinado
en esa foto con ojos grandes
montado en el burro de la esperanza
eucaliptos altos de aroma verde
enmarcan el momento
mirar a los ojos de mi propia niñez
hace que mi hijo ría en el descubrimiento

Nuestras infancias se han reunido

*Hay algo denso en reposo
de día pálido entre ojeras
la estación descansa al ritmo de parpadeos
girar del planeta azul
desliza la luna por brocales de espera
la piel se divierte poblándose de rutas
riachuelos resecos topan con el ojo espejo
bailotea la risa al remar contracorriente*

*mis manos comienzan a temer
manchas de tiempo y eclipse solar*

*Dotado de corazón extraño
sueños sin suerte
marchito enfrente de aconteceres
olor a muerte entre flores de verano
hojas otoñales del puerto enredadas
se acoplan en este instante
a las flores moradas de altiplánico jacarandá*

*Continúa en mi ombligo la misma sed por el agua invisible
bebo somnoliento el regazo de futuras nubes
evocación del eco de lo transcurrido
sonido frío que resbala hasta oxidar
la herida del recuerdo*

*Agua congelada en propia imagen
mejillas coronadas por espinas de años
soplar en el iris de juegos más andanzas
la madurada navaja hiende maleza y tamaños de zapatos
claridad de espejismo en la totalidad de lo caminado*

*El olor a memoria permanece
en el fondo de las mareas:*

surge tranquilo en esta orilla
después del horizonte

IV

Las frazadas descansan en la maraña
de olores de tardes bonaerenses
en otoño los árboles del río
dejan caer sus hojas ocres
fuga el recuerdo para tejer otros:
una muchacha realiza la limpieza de la casa
dos cuartos y un patio con el sombrero de la parra.
El cabello negro roza sus caderas
hablar pausado en pleno pórtico de los veinte
mirada de madera bulliciosa en el verano
flores del vestido crecían rojas sobre sus senos
la vaharada de volcanes unificó lavas
se untaba la piel en piel
la risa se hacía música en la luz de ese día
sensaciones candentes explotan colores en el blanco
abierto túnel de los muslos abiertos
los ojos cerrados veían más allá del lugar
la piel canta en la piel.

*Desde su mirada largamente verde
expandió el sabor de cierto instante
agua que corre yerma entre muslos
caminar bajo el látigo maderoso de la infancia
atisbar debajo de la mesa
comida de olor humeante
el botón sorprendido nace sobre los pechos
manos juegan a arrullarse en los muslos
despunta el vello sobre la colina
grama en que reposa lo estremecido ardiente
frutos entorpecían su celebración de perfumado blanco
el fuego crece oculto.*

Mirando atrás de los calendarios pasados
la piel sonrío gozosa.

VI

Mientras mordía fragmento dulce
marrón de lecheazúcar en los dientes
dibuja la mano todavía infantil
—arabescos de hasta luego—
saltó la hora de salir
buscar sendero hacia montañas en la esquina

Gritería de amigos perdidos y arrugados en la memoria

Ramas de árbol transformadas en alambres equilibristas
escudriñar altura oler las nubes
repentinamente alas surgían del cascarón ocre de las tardes
abajo la tierra y sus molestias
volar unido a Ícaro
pájaro de los andes
palpitar de aviador loco sin paracaídas
sueño intranquilo desear acercarnos a ser aves
irrumpan con simplicidad inesperada
del omóplato las alas
como los hongos después de la lluvia

abandonar la obligación vertical pegada a tierra
cruzar cataratas
mientras gotas golpetean mejillas
momento de partir
abandonar la espuma
saladas ballenas más las olas
revolotean bajo cerca del puerto
la lluvia anima a las madres
arraigado instinto de cobijar sus cachorros
comienzan los gritos
del portal a la vereda

*La historia creándose
astillaba
contra la vehemencia y sonido
de la invocación materna*

*Los alisios hogareños quebraron
no pocas veces mis jarcias infantiles*

*El agua la costumbre el lodo oscuro del otoño
rosas hechas pétalos por manos de amantes
regados por las paredes huecas
relinchos de caballos
alimentan huesos de los guapos en sus esquinas
cansados de un viaje que nació en alguna idea*

*ritmo de círculos
entretejiendo bordando figuras en el piso
tango hecho historia
universo malévolo de lo prohibido
Montarse en una nube recién salida del ojo
balanceo indecente de adolescencia
aventuras en las primeras vueltas de calesita
elefante detenido en la cúspide
montaña de la acción
La voz susurra una canción hecha milonga
pedazos de vida hacen reunión
en el deseo de lo no realizado
Alguna vela deshace el tiempo
mientras discurre por sendas líquidas
deja muescas en la senda de lo recorrido
Ciertos colores rojizos
acompañan este final de infancia.*

La memoria se anilla creando huecos de olvido.

IX

Se duelen las vías al paso de los vagones
ruedas giran suspiran a un espacio escaso de nosotros
estábamos en el puente donde se cruza la infancia
—pánico de pérdida—
delgadas y altas cañas verdeamarillas
plantadas por orden de un inglés
refugio de nuestros rituales
beber a tragos el alambique de los secretos
El rumor de paisajes anhelados
movía los cabellos en su cortedad
la aventura crecía en la acción
mirada al horizonte que dobla las esquinas
anhelo de obtener la libertad de adulto
ascender a la cumbre prohibida
Fumar nuestros primeros humos clandestinos
a la sombra y cobijo de la máquina veloz y sus terraplenes

*Los prados suben hasta la aldea sin gallos
flores mágicas
zumbaban con nubes de verano cargadas ahítas*

*con lagos a derramarse densas gotas de lluvias
mojan las mejillas y los senderos sin trillar
gruñen los mediodías en los estómagos
algún carruaje abandonado está detenido
al inicio del secreto*

*cuando se tiene hambre y sed hay alguien que siempre caza
nos caza busca*

*Atención a las llamadas de los clarines que resuenan
en los mediodías de unas costas de un río
queja de charreteras las vacas mugen entreabren
el canal sin manchas de cualquier vida adolescente
ocupada en renegar de la violencia paterna o las manchas de grasa
brillan sobre la camisa planchada
uñas envueltas en el sudario
sombreado de la suciedad abandonada de un ayer
Las ramas y la lluvia se lanzan contra la ventana de la biblioteca
Respiro cauteloso entre mis dedos que atisban
hacia un horizonte nublado*

*¿Mis raíces de nómada habrán iniciado
en esas tardes cálidas
envuelto en las nubes de vapor
y los rayos de sol?*

*¿Qué será de los recuerdos cuando ya no tengan dónde encontrar abrigo?
De aquellas tardes que se mecían en el imán inesperado
tantos colores a reencontrar en esa tela luida
por manos pintoras y el corcoveo de las angustias
que terminarán entre la sombra de uno mismo
refugiado en el corcoveo de los deseos
en las rodillas que no estrenan más reuma
que algún amor perdido
Polvillo hundir la cabeza en el mar borrascoso
de esa taza de café
El aroma a infancia dispersa a bocanadas la migraña
de lo acontecido. Las manos se restriegan
entre sí untadas en la miel macerada de tantas alas degolladas
por el pan de la mañana.*

Crujir de vida apaciguada
mis dedos oliendo tocaron arco iris.

Telaraña en la vida

Los buitres cruzan el agua
ahondan en su vuelo
abertura de herida en la montaña
troncos muertos respiran
al paso de cierta nube
convertida en telaraña

Caminamos adelante del desvío
hacia
las manos secas de pescadores
y de futuros jóvenes desempleados
Se apaga el día
entre el gris de la lluvia
la hora en su tiempo
desespera en oscuro caracol
envoltura en el cansancio
de lo transcurrido
Un cadáver se hunde
en el pantano de la música
cuelgan los orines del sol

gatos resquebrajan el cristal
silencioso de la noche

Quien no sienta amor
deberá aprender a adular
o se hundirá en cal congelada
Las manos juegan con los hilos
las calles se animan al paso
de mujeres y hombres solitarios

Allí donde se pierde el interés
se desvanece la memoria

Un filtrar de recuerdos
cae en el río de mis ansias
flotan los verdes y naranjas
se curvan mis dedos
al respirar sus senos
envuelve al calor
en el calor

Cae una curva de edad
en el sudor de mis pestañas

Iguana del tiempo

Para Rocío González

Piedras que dejaron de ser ciudad
bullicio y sangre cálida
surcan sonrisas y rituales
humareda de vida
eleva con las nubes que tejen
aburridas montañas regodean su verde
árboles rascan en límpida altura
la barriga del cielo

Cascabeles de risas entre el burro y su bosta
sandalias y uñas con tierra cruzan aguas de río
el machete miope guiña sus ojos de acero
entremezcla savia e impaciencia
guillotina senderos en el tiempo
se ampara en la velocidad de cierta iguana
cobijo en el musgo de escalón de pirámide
recuerdo y copal
volutas de aire rancio amarillo

Tamborilea la selva sonidos
cae un árbol cansado se queja un mono
la piedra descubre en su entraña un jaguar
imágenes de vigilia encadenada
sorbos cortos de agua
la pregunta puede tener respuesta

Las barricadas de soldados
cuelgan como racimos de plátanos
al costado de los caminos
El tiempo bosteza
los estómagos reniegan de su suerte
reverdece el frijol

Los mosquitos azuzan
con su sonido
el oído de las piedras
Un curso de agua
cava tumbas en huesos blanquecinos
de árboles cortados de raíz

La tierra ahuyenta al sol
envuelta en su mantón
de sombras húmedas

El suspiro de niño
caza la iguana

La borrachera del conejo

Para Eduardo Milán

Sobre el techo negro del cielo
cuelga una luna circular con sonrisa de complicidad
ilumina murallas de piedra corroída
hemos dado varias vueltas a su alrededor como gato en celo
algo ha cambiado
ha crecido poca hierba entre las rendijas

Un poco más abajo algunos humanos siguen
en su rara tarea de destrozarse cuerpos
por esa cosa tan absurda
como la propiedad sobre la tierra
giran las ruedas del planeta
la bola amarillenta continúa cargando su conejo
borracho por el sol casi inmóvil
al ritmo lento de mi respiración
acaban su tarea parte de mis células
siguen creciendo las uñas
prosigo enamorado
Los candados cierran las puertas

detrás de las imágenes saltan los ojos
un espejo cae desde su refugio

buscar mi mejor perfil
me lleva a mirar de frente

Reconocer

Llegó el momento de tomar
mi pasado familiar
roerlo entre dientes
desgarrarlo con uñas
abrirlo como lata de sardinas
para concluir como en noticia de periódico
con dolorosa certeza:
mi madre fue mujer golpeada

Cuesta la aceptación
caminar por el pasillo de las estadísticas
pero ella no es una cifra
es su sonrisa y el aroma en su voz
duele como la sensación
de saber que a los gatos de departamento
les extraen las uñas
no hay árbol al cual encaramarse

Violencia en la familia
se disgrega en partículas conocidas

aquello sucede cada noche a toda hora
en las esquinas quizá iluminadas
y en los dormitorios con dos almohadas
El golpe seco estremece
el entrecejo de la historia
Bebo el té oscuro a tragos cortos
a pesar de la cerradura cerrada
en mi garganta

Estoy en búsqueda inquieta
de tanta lágrima no vertida
En cierto dedo de algún pie
se encuentra una uña encarnada

Me sigue creciendo el corazón

La letanía de una canción levantina
se escucha como silencio
que no quiere callar

Crujen los pisos nuevamente
en el temblor
la fisura se agranda
para poder mirar
el interior bullente de llamas

Con luna llena
ha iniciado este equinoccio de invierno
a final de siglo
Todo gira y continúa

Se han separado los cuerpos

Intensa reminiscencia de la tibieza
los muslos envían oleadas de calor piel
murmuran el aroma
cuerpos extravían sus sonrisas
el recuerdo se hace nube
deambula por todo un territorio conocido

Granos de arena se pierden del reloj
para dispersarse en los montes con relámpagos
sobre un portón negro que se abría para recibir sensualidad
imágenes en tanto río de hechos que tatuaron las risas
vagan algunos muertos por las hendiduras de nuestras frentes
musicales caderas crean sonidos en las manos
se mueven arremolinadas
las manos buscan aprisionan el vacío
el tiempo se volatiliza
transcurrido queda pegado
en la entraña más profunda de nuestros huesos
Los dedos se convierten en pañuelos de despedida
zarpa el barco

deja un puerto rumbo al deseo a realizar
amorosa extrañeza
la tierra conocida transmite las tonalidades
que en el espejo de los recuerdos
presenta las venas que arden
abiertas
El color azul oscuro de la tristeza
se diluye con el aroma de la lluvia caída

MOLINOS DE FUEGO
(2003)

IV

Sopla viento

en las calles aceitosas
de la ciudad de arena.

Cambian formas
círculos hilan rectángulos aéreos
líneas se dispersan
puntos de luz y tiempos de erosión.
Crean máscaras de vidrio
moldean materia
el aire sopla sobre timbales
nubes entorpecen la mirada
lo gris muerde el azul
suspira húmeda la gota
cae sola
para después ser acompañada en multitud.

La arena transformada en sólida muralla.

Grita la borrasca en cuevas
dedos activos y ágiles
enhebrados a un nudo de cabellos
colores e historia
embarazan en pintura la piedra
la eternidad se ha hecho humana
en la pared de alguna cueva.

El vientre liso y hondo
eterniza en formas y pigmentos
acción de cazar vidas
buscar el aire de las huellas
mientras atrás en el recodo humano
untan colores en esperanza de la angustia.

El viento y el reloj
crean más cuevas en la cueva.

VI

Crece el primer brote

frente al sol.

La mujer lo cobija.

El furor sopla

lleva a otras tierras

futuro pan.

La nariz del cazador

descubre pigmentos en la brisa

se guía por el hambre

y posible aroma de grasa

vertida sobre el fuego.

El hamacar de la tormenta

hace crujir musicalizar ese miedo

en tanto el narrador

teje historias al compás del viento.

De la ciudad de madera

cruzan incendios

mientras lanzan niños
por la ventana de las guerras.

VII

Correr atrás de la pelota de hierbas
cuesta al aire subir por los pulmones
riente sonrisa se escurre en alas de algún pájaro
proyectar con agilidad una piedra
golpea sobre maraña de plumas y giros
el vuelo al sol es detenido.
Dientes desgarran carne
cálidamente asada.

Dormir panza arriba
es el largo sueño de los cazadores
de borrachos ahitos
fragmentos de color del viejo Bruegel.

Escurre saliva de los labios
forma burbujas: aire y gotas
eructo perfumando la mesa olvidada
alguna mano glotona acaricia un pezón
intensa pasión conquista la bragueta
un clítoris nada en su placer

se desgarran el oxígeno piando de un caballo
mientras la espada degüella sin rencor.

VIII

Las guerras floridas y deshojadas
abran sus manchas
sobre la piel humana.

Cuerpos pintan gotas oscuras
en los campos sin cosechar
movimiento en el silencio del calor
un aliento se desliza lento en la angustia
repta el individuo
se aplastan los tallos con los granos
busca dedos con anillos cadenas de oro cuchillos manchados
dar de comer a los que esperan en casa
tatuada la mano por sangre y polen de verano
un perro gruñe y mordisquea algún trozo de la batalla
respira el aire forma diminutas vaharadas blancas
que se agregan para originar más nubes de tormenta
sentir sobre la piel del rostro
viento convertido en agua.
Tirabuzón del aire palabras rasgan gemidos
la olla hierve agua

vaharadas de vida
esperan el llegar de la comida.
La cuchara repleta de jugos machacados
sorber con premura
angustiada tarea de recordar:
lo que el aire trae se lo lleva el viento.

Suspiro largo en ese túnel.

XIV

Surca el velamen embarazado de brisa
dibuja nuevos mapas
un paraíso se convertía en realidad
calor de sol en el almíbar de las frutas
además del oro y plata
el cobre de la piel
hacia estragos en la carne de las armaduras.

Pobre conquistador embadurnado en su orín
guiños de deseos aullidos de la cruz
las mujeres doncellas y las violadas
desgarradas venas de hombres
sopla aire angustiado
rosarios se truecan por un pubis
piafa el caballo
la noche conforma los días
un vagido hecho caracol
atravesía valles montañosos
subterráneas pirámides crujen
erupción del mestizo.

XVIII

Espasmos abren y cierran la boca
contorsiones del cuerpo con el latido de la aguja
carne del pensamiento se deshace en pétalos
montículos esféricos resquebrajan
dando paso a la sinuosidad de la serpiente.
Babas de odio a lo desconocido
crece la humareda de carne
columpio de dolores en el sonido de multiplicante aire
peste negra a inicios de este siglo
balbuceos de balas en el cuerpo de Europa
piernas izquierdas cortadas a un equipo de futbol
me duele esa parte en mi cuerpo
cualquier periódico envuelve los muñones
el aire enrojece en un suspiro.

Como un muro de pieles descosidas
uñas roídas entre vergüenza y pesar
caen los párpados para quedar sin luz.

XX

¿De qué nos van a perdonar?

Vociferan montes al aire helado
centenares de años hacen collares
enhebrando sienes gargantas estómagos
bordan rabia en flores de sus vestidos
miel desborda heridas siempre abiertas
revolotean moscas sobre labios
escupen la palabra
a quitar vendas en ojos de los ahítos.

Tiemblan arropados en la fiebre del temor
años de ocupar toda la acera
les hace difícil compartir el arroyo.

Envuelven suspiros en pañuelos
filas de bolsas depositadas en armarios
hierve la codicia en infusión de inseguridad
nada es igual
corridas las cortinas duele el rayo duro del sol.
Queda polen de luz flotando en el oxígeno.

La planta agrietada del pie
pisa fuerte sobre el estómago de la tierra
se pertenecen amándose en tardes cálidas
amparadas en la sombra próxima de todas las noches.
El fusil es sólo un punto de apoyo en esta discusión.

La espera huele a tabaco
entretejen risas en los tamborileos de hambre
suena la música ritmada a un cantar diferente.

Dulzona alegría cuece en olla de barro.
Pétalos de esperanza cubren el piso del túnel.

Gemidos fracturan cánticos funerarios
delgadas velas flotan en sus alturas
el aire verde perfumado en pino
recuesta en piso de tierra
ajados sombreros sin cabezas esperan respetuosos
cae el esperma caliente huele a iglesia anocheciendo.
Aire de palabras forma andanadas de trompeta
no es un acercarse a las puertas del juicio final
el ala carcomida de algún ángel espera en un museo
sobrevuela un gorrión
mientras despedazan a gritos
ese cuerpo tibio aullante entre las venas.

Ríos de miedo hacen crecer los mares
¿envolverse en la isla para seguir viviendo?
lágrimas maternas diluyen la sangre
crecen brotes de sal en el balbuceo respirante del aire.
Aumenta la profundidad silenciosa del túnel.

XXV

Las gotas de viento reposan
piel candente
universo de perros muertos
flotar de peces más allá de la tormenta
soplan las cañas mientras el viento compone
primeros indicios de una sinfonía.

Saltar del abismo silencioso a la humanidad
música del aire a través de los huecos
recrear lo inexistente.

Los pájaros sólo gimen con sus trinos
mientras ese soplo de hombres y mujeres
es colmado de sonidos
cercanías en su salto de vuelo
hacia el viento dejando de ser
para la brisa que cambia su perfil
en un rostro de música.

El viento encuentra su laberinto en una flauta.

El susurro del fuego

Melodía de enjambres recorren propias colas
abrazan y desvisten la pequeña flor movediza
transmigra sus colores
despertar en el blanco que ilumina
sol matutino de invierno
vestido de pureza ardiente
el enjambre corteja
arropa en movimiento de su abrazo
crece en calor un azul se enreda en lo níveo
fragmento de ala en vuelo asume nuevo matiz
raíz trasplantada de dos cabezas
la roja asoma de los senos del blanco entre pecas añil.

Ennegrece en furor golpea el viento
el índigo cae en la noche blanca
gira sin despegarse
desgarrado fragmento de cielo arde mientras el viento gime
en su amor en movimiento.

Una llama
se convierte en aquello que la domina
encerrada arriba y abajo
palpitante flama blanca
hosca negrura de materia reconocible
alimenta su oasis de colores
en pasión de crecer y destruir.
Mata lo que la alimenta y nutre
lo mismo que las iniquidades hacen
con la conciencia que las alberga.
Algunos creyentes
grabaron en arenas y en papel de la memoria
la íntima sensación que Dios es un fuego que consume.
Las leyes son una hoguera
por la cual penetra la vida.
Con el ascender de las llamas ciertas cenizas
remontan verdades
las páginas de la Biblia se convierten
en pájaros voladores o en piedras
uncidas al cuello que impiden nadar
hacia las profundidades del horizonte.
¿Se afeitará las barbas el legislador rupestre?
¿Llegaremos a vislumbrar su sonrisa?
Esta ley de fuego se convierte en sombra
al enfrentarse con el sol.

Luz debilitada bajo los rayos.
Una llama más grande devora a la menor.

La escritura parece lumbre oscura
caliginosa al ser palabra
murmuran cabalistas mientras hacen collares de significado
junto con los números que son letras
cargan cifras en la cifra
al tiempo el blanco toma de la garganta al rojo
se hace fuerte en intensa ascua
crece espanta fantasmas
aferran el sujeto uncido al complemento
para narrar desde la simple vocal
aullando en tinieblas de lo que sucederá
continúa la danza de letras con el viento
mezcla sonidos en una melodía
de creación y destrucción.
Todo final carga su principio.

Las palabras han hecho llama
en la piedra de algunos corazones.

Perciben luz cuando cunde la sombra
creada por los actos de esclavizar.

Pieles y vísceras se han dorado
al calor de su sonido.
Licuando armaduras humanas
dejando fluir la sexualidad y su apetito natural.

Otras veces asesinando gente
en nombre de una verdad candente.
Algunas más creando sonrisas
para convertirlas en alegría ardiente.

También ha logrado engañar
hacia rumbo poco brillante y nada ético.
Alimentado hogueras muy internas
otras para intentar crear cenizas
de su propia existencia.

Sus llamas han quemado el cielo
y los infiernos.

Agua en la lengua en lumbre.
Sorber flamas de las vocales
lamer el líquido refrescante
de un texto en su lectura.

Algún cuento entretiene propios finales.

Todo comienza.

La palabra crepita en la propia palabra.

Se afloja un ladrillo en la hondura del túnel.

La sal es el fuego de la tierra.

Arrulla a los viajes por el desierto de la vida

deposita granos en la sed.

El mar en su cansancio deja parte del cuerpo

en nuestras comidas.

Se siembra a vuelo en cotidianas heridas amorosas

comemos puñados de fuego

puntos de luz recorren gustosos iluminan

el interior caliente de esa osamenta.

Los ríos llenos de meandros son más fáciles para navegar.

Crece entre llamas

su imagen ve a través del espejo

la ceguera viene con la noche

cualquier día regala colores para placer del vidente

el negro conserva en bochorno los matices.

Seres y objetos contienen calor

desde los perros y sus pulgas saltarinas
excrementos de caballos al galope de palomas
sobre los héroes en bronce
vinos nuevos en ebullición y el poso de la vendimia
ojos de las bestias rabiosas
luciérnagas fuera y dentro de las botellas
la mirada de los gatos en la oscuridad
cierto recuerdo nocturno de algas marinas
tu piel acariciada por mis manos y boca.
Las cenizas reposan en su calor
tan olvidada su luz
el pasado es brasa destellante
el recuerdo quema
sufre todavía bajo las cenizas.

La sal del fuego no puede hacerse sin agua dulce.

La soledad del pájaro
tiene plumas como días un año
mientras las alas mordisquean movimiento y rapidez
permanente creación de calor a brasa
tibieza de los instantes mágicos
vida y muerte a través de un embalsamador mítico
mientras el ave conjuga perfumes

reúne en su galopar aéreo
las sustancias del aroma.

Fuegos sordos potencia creciente
el ardor de la pira
conjura el secreto del calor.

Las llamas en su letanía crujiente
unidas a plantas aromáticas
crean la urdimbre de retamas
olor a canela y clavo.

En alguna noche escucharán truenos lluviosos
sonido de tambores arremolinados en ese día de verano
caminar bajo las gruesas gotas
llenará mis bolsillos de peces resbaladizos
búsqueda de aire y luz.

Lágrimas cristalizan la piel de niños
panes se convierten en cestos alados
para realizar vuelos con trozos de comida
humeante entre los dientes.

El aire con el agobio de tanto cadáver y sus moscas
va a descansar al fondo del suspiro.

Las letras soplan tormentas
crean libros forman sombras y soles
palabras e imágenes
sosteniendo al mundo y sus elefantes.
El aire cansado de tanto cadáver y su olor
va a dormir al fondo de la hoguera.

Después del sueño llegará el sol.

COMO EL MAR QUE NOS HABITA
(1999)

Sólo un indicio

creciendo entre indicios
se animan las formas
subir bajar crecer
movimiento y vida
tules sin sombra ni luz
imágenes gaseosas
ojo de luz trastabillante
corre el telón
vástagos de lunas
oscuridad
paso al movimiento de las olas.
Soplido gélido congela el ondular
grandes paredes blancas reposan
duermen el sueño húmedo
heladas briznas del génesis.
Miles de años tejen
pausadamente esta urdimbre.

Entrecerrar de ojos
contacto al color tibio
dejar atrás abandonar
esa piel consistente y nívea.

Gotas enormes
inician el canto de las olas.

*Aguas como el principio de las aguas,
como el principio mismo antes del agua
las aguas inundadas por el agua,
aniquilando lo que finge el agua.*

Enhebrada en oscuro inmensurable ojo
pende la luna gota de lluvias
ceñida membrana
nubes obesas pigmentadas
guiños ampliando dimensiones
ondean tifones y mareas
crecen ríos bañando matriz
germinan ocultos aplastados brotes
bajo agua susurra el movimiento
dormidos en aérea raíz
refleja rocíos el espejo.

En la noche mordido momentáneo
decrece en redondez esta cisterna
proyecta presencia la luz tímidamente
derrumbar el círculo
crece la señal
tallo enhiesto
de germinación.
La vida humana
hecho frágil
como uvas y espinos
se disuelve para poder reaparecer.

*El hechizo del agua detiene los instantes:
Soy divino rescate a la pena del hombre.*

La memoria se hunde en fango
gaviotas picotean espuma
algún retortijón de las entrañas
evapora sin conmiseración
el bordado de las nubes
forma sobre días cálidos del verano
cuadros renacentistas o el espejo
antes que tantos navegantes hiciesen el intento
de penetrar al secreto de las tierras.

La saliva escurre
humareda dulce
impregnada en tabaco
sueños de montañas rezuman sueños
entre muslos de diosas
o mujeres cobrizas que pueden ser botín.
Queman naves
al ritmo de torturas perfumada brasa
resplandecen grutas oro y ébano
el copal se yergue
costillas de masacrados
susurro de cuerpos amándose.
Forman ríos hueso y carne
dólmenes de hombres y mujeres
conocerse
simple agradecimiento a las aguas
camino
de inocencia y voracidad.
Barca balancea las olas
tierra en abandono
judíos cambian montañas y aromas
estrella por la cruz
algunos musulmanes varían mezquitas
por algún cerro mágico
cargado de relámpagos.

hueca tibieza
la taza de café
protege el recuerdo cálido:
cuerpo de mujer.

Una luna reciente
cuelga del clavo oscuro
redonda señales de viruela
marca el inicio tierra por sembrar
vuelo de semillas.
Adelgaza ahíla su gravidez
convertida en esbozo de sonrisa
sosegado crecer
el ritmo cósmico gira con lentitud.

Dicen que de los hombres mancos
cuelga en ese vacío
un panal de lluvia.

Parece que los asesinos oficiales
no desean que sus muertos padezcan sed
envuelven la justicia
en bolsa de arpillera
la sumergen hecha persona
muerta.
Hasta el horror se puede disolver.

Innumerables corrientes acuáticas
convertidas
en cementerios de esperanza.

Hundir a los mansos en el agua
para extraviar las huellas digitales.

*En el pórtico de la espuma, encendidas detuviéronse
las palabras. Una ola de ritos alzábala
sobre el desierto de cenizas de las mitologías.*

Eslabón húmedo salobre
cadena hacia el sol
encuentro tierras verdes calientes
pieles y senos ondulando cobre
alucinación solar de los pintores
poetas almuerzan nieve
bajo el pulso de guantes raídos
la mano escribe
el vapor exhalado de la boca
entibia nudillos.
Requiebra la idea
el mar
llegaba al sol de alguna isla.
Cambiar era ilusión
para aquellos que vivían

en campos poco fértiles
de cebada y vida
cambiar pan de grano duro
por olorosas guayabas.
Huir de los vagones de tren
avanzaban en bruma matutina.
Oblicuo al olvido de rieles
pendidos del infinito mortal
secar al sol humedad
de la pobreza.
Movimiento en los andenes
mareas creadas en olas de huida
ascender en la ballena de los sueños
cruje el pánico entre huesos atardeciendo.
Profundidad
observa al atravesar entre rendijas
cápsula alargada de paisaje
gorgoteo en grises y sombras
barren miradas a la angustia.
Muere en cada instante
aplastado bajo la quilla de la asfixia
ojos abiertos supura la ceguera
oscuridad de cuerpos anudados
integrados en única forma
suya la espalda de los otros
en este vagón que cruje a maderas y hueso

a lo largo de Europa en los años 40.
Mi abuelo el zapatero
con esa mística de la inocencia
zarpó decenas de años antes
en propia ballena
para no ser otro judío
que cayera en el horror de la ceniza.
Los barcos y las olas
incienso de esperanza.

Piedras blancas
flores con pétalos aún tibios
no se han formado arrugas
extraño tiempo espera en un rincón
castigado en esquina de deseos
el cigarrillo se deshace
entre labios
bolsa húmeda de olas náufragas
sin almohadas ni dueño
mientras el pescador
doma el cuerpo móvil
entrar penetrar a la noche.
Largas hojas de palma
arropan el instante nocturno.

Los cuerpos se disuelven
en el latido lento
de la profundidad.

Nunca es tarde
para confiar
en la dicha.

Las ansias y el sol

A Guillermo Samperio

Los borbollones del sol
no son hechos para satisfacción
de dermatólogos
ni menos aún para crear
cierta inestabilidad social
en los ciudadanos que pasean
veranos bajo sus pieles.

No.

 Simplemente
 se llevan a cabo
porque tienen deseos de jugar
algunos de los rayos
a los inviernos calientes
una mezcla
de rabia bajo las pestañas
y uñas hundiéndose en el vacío
de ciénagas urbanas.

Monstruos afloran cabezas
entre rascacielos y el dinero

grasa mancha venas latentes
mientras bostezos levantan polvaredas
en suburbios de niños derritiéndose
al compás suave melodioso
del tiempo
y las disenterías.

No es lo mismo
tomar el cielo con las manos
que untar las ansias en el sol.

La marcha y los círculos

Los ventiladores

familiares lejanos e insignificantes
de los helicópteros
son excelentes depredadores
del aire.

Giran lentos
ritmo leve
de *blues*
un jadear ronco de perro gris
que se cobija lánguido
bajo la sombra
del hombre caminando.

Un vaso de agua fresca
está al acecho
debajo de la almohada
sueños.

Pesadilla es vacío y sed
granos de sal en la garganta
y el aullido interminable del embrión.

Convertido el espejo en ventana
las aguas se solidifican
cambian los tiempos
agriadas sales
yerbas varían color
destila rabia de caballos
sólo vigilan
la marcha correcta
de sus circunferencias
quejosos por falta de ángulos.

Desechar pañuelos
carcomidos por lágrimas
que la lejanía produce
forma sutil
de soplar las velas
de los amores frustrados.

El ventilador continúa
su aburrido vuelo.

Aroma de principio

Al principio sólo fue la mirada
las tenazas del amor
movieron sigilosas
palpando aire
enrarecido perfume de piel.
Tomar entre dedos ese aroma
acariciar con ternura sensual
usarlo como bufanda
frío mustio de soledad
enhebrar
hundir la aguja entre carnes
marcan costuras en las entrañas
coser este traje sin final.

Dedos mordisqueados por búsquedas
tapizan de gotas y herrumbre este mapa
nervudo suave triste
inseguro y débil
como cualquier intento.
Sonriente por las ganas de hacer

temblar con resultados sin espera
me muerdo entre esos labios
apasiono pasiones redondeadas
ahogo entre olas brillantes
respiro
siguen nadan nuestros cuerpos
busco la playa
trozo de arena colectivo
dorado con el sol de nuestras pieles.

Los caracoles conceden
espacio en su laberinto gruta
sonido distante y primigenio
arrulla la música de caderas
mecen
atolondradamente
pájaro en momento de tormenta.

La arena humedece este amor.

Paseo

El caballo de la espera
inmóvil temblor en inicio de sendero
mis ojos acarician pómulos y tersura
sordos se desplazan por labios
recorren pechos enturbiados por la ropa
la cintura detiene el movimiento voraz
descansa en reflexión
incorpora veloz para finalizar entre dedos
el iris se acuna en manos y palmas
resbalo alegremente cálido
mientras el verde de los ojos
nada lento perezoso sobre el pubis
mirada enmarañada en deseo
trastabilla con tu mirar
entender esa sonrisa
que a gatas recorre el pasadizo
de esta reunión de amigos.

Mis manos comienzan a secarse
no se han sumergido
entre tus aguas.

El fuego chamusca la mirada.

Serenidad matutina

El mar se encuentra sereno

en esta mañana.

Cuartea el cielo

ventanas de olas y gaviotas

signos de admiración al infinito

algún borrego enorme se transforma en nube

aborda la tranquilidad una sinfonía de Mozart

unta la piel y oídos

el cuerpo de mujer descansa

entre las sábanas legañosas

soplo de vida en sus entrañas.

La mano susurra cariño en la nuca y cabellos.

Bosteza tibia la mañana.

Los barrotes de la ventana

fragmentan en varios a un pájaro en vuelo.

Cuerpo hecho sal

Para Francesca Gargallo

Se prenden las velas
el círculo dibujado en arena
puntos de luz vacilante
bostezos roncós en el sonido de olas
repetición en sus espumas
saltan brincan cojean
adhieren a los talones
miran arena seca
espejo de las fauces del sol
cuerpo hecho sal
sostenido en la cartografía
cielo negrosamente azul
con brillo de planetas y soles.
Algún ahogado olvidará su tequila
se retuerce en brazos de la asfixia
entre corales y anclas olvidados.

El puerto son manos
al entregar ofrenda
en una noche insomne.

Las piedras blancas
flores de pétalos tibios
arrugas no tatuadas
de cuerpo a las ojeras
espera arrinconado el tiempo
en la esquina de los deseos.
El cigarrillo se deshace
entre el labio y la bolsa húmeda
de olas perdidas
sin dueño ni almohadas
mientras el pescador
doma el hirviente cuerpo móvil.
Deslizarse penetrar en la noche
largas hojas de palma
envolturas de cuerpos
se disuelven en el latido lento
de la húmeda profundidad.

Me acuna el sueño del laberinto.

Soplar al tiempo

Para Aralia López

Enredadera de años
tejen con humildad
y cierta displicencia
este gobelino a colores.
Hiedra de vivencias
enmarañada entre el mirar
vislumbra
ternura candente
la vida
haciéndose y deshaciéndose
ilumina rincones
que deseamos ocultar
o desconocemos.

Sentirse unido a la tristeza
melancolía de años que pasan
propios y ajenos
ininterrumpidamente
desfilan nubes deshiladas
bajo las montañas plagadas de senderos.

Bosques e incendios
sequedad
de seguir existiendo
bajo la temperatura del sol.

La acera quebrantándose
temblores
parto prematuro de una vida
desaparecen caminos construidos
camiones avanzan sin chofer
sólo creando rutas
en la inmensidad de lo desconocido.

Posibilidad de navegar
formar puertos móviles
cercanía a un anhelo: anclarse a naves
uncirse a vientos
inflar ese velamen perdido
mientras el deseo de amar
se une al sendero de los remolinos.

El asombro de lo inestable
llena la pérdida
de ritos amorosos.

Buscar la permanencia
es ilusión
en estos tiempos.

Los años seguirán marchando
en su raída caminata.

VIAJE A TRAVÉS DE LOS ETCÉTERAS
(1998)

Viajes

Hemos soportado la tristeza durante años
y el sol no se ha levantado
la tristeza es un juego que el tiempo agota
que el viento despierta.

MAHMUD DARWICH

El avión ronronea

especialmente para mí
me desembaraza de museos
con sus recuerdos momia
para dejarme tranquilo aunque inestable
frente a la espuma de hoy.

Tengo ganas de seguir alineando
las fichas multiformes
rompecabezas
armar muchos
sin saber y en la creencia de
que es sólo el propio.

Hoy brindo con cerveza
se esfuma mi bigote
mar salado
lúpulo de sol y con ustedes.

V

Muñones de palabras

caminan en las calles del cerebro
para jugar seriamente
a inventar las respuestas.

Mi lengua y testículos
recuerdan sonrientes
caderas y tibieza
calor de verso en los cabellos
lámpara apagando rodillas
soldar de pezones en los míos
mientras el beso se recuesta
en el vacío.

El avión flota
enredadera y peinar de nubes
para encontrar buscando
el cuerpo a la deriva.

VI

Una herradura se cuece en la cabeza:
los clavos horadan
el sudor de tensiones
en este viajero que encuentra sus valijas
mientras algunas bocas
se embalsaman en pasta amentolada
por tanto atardecer con las rodillas rotas.

XI

El tren sigue castigando los rieles
las piedras manchadas de aceite
saltan temblorosas
al batir de las ruedas
pero quedan siempre
muy cerca de los rieles
y lejos de los trenes.
Los ojos derrumban infinitos
penetran
en arenales poros
piedra demolida
mezcla de viento y granos aherrojados
en el balanceo por sombra y jorobas.

Luz nueva atrás del sol
parpadeante conejo enamorado
olas peinan el mar
entre costas desiertas
de la huella de pies.

No hay senda que seguir.
A los caracoles desalmados
nuestras orejas les prestan
un poco de marea y un bostezo
algún cuento infantil para moluscos
que no babeen más
aplastados
por el rizo de un tanque.

El sol de este continente
me ha abierto
una boca en mi propio talón.
Ya no podré retroceder
habrá que argumentar.

Esta vez no sólo
la mesa nos separa
en el mar de los náufragos
con residuos de ballenas y arpones
lava de ciudad cubriendo terremotos
el pescador y un dedo
perdidos y encontrados
en un tiburón hecho zapatos.

Vacaciones que a veces
se despiertan

al chocar con nidos en las balas
mientras la mermelada de las manos
sigue licuando frutas o duraznos
azucarando al sol

bola de ojo en cierto cielo.

Algunas bayonetas
siguen clavadas como estacas
en la tierra de alguien.

Los hombros húmedos

A Guillermo Briseño

El aguacero ha penetrado
entre las medias y mis huesos
dejando un sabor a río perdido
en esta hecatombe de ciudad.

Se mojan las espaldas
hojas cambian de rubor
entre la cortina de gotas
y la luz del farol.
El único sentimiento primigenio
es no usar demasiado el paraguas
untarse las sienas
que se desborden las orejas
naden a contracorriente
las entradas de mi cabellera
bordar los ojos de relámpagos
pero no a través de algún cristal
nada de protección
dice mi hijo
en su lengua muy propia y sin prosodia.

Bailamos tomados de las manos
homenaje a los charcos
cataratas urbanas
el agua nos rodea
humedece los sentidos y los fósforos
no podemos prender
ningún simulacro de fogata
sólo hundirnos
en la frescura de la lluvia.
Ya me he refugiado
en el rectángulo de cemento y cristal
simple
 una taza de café
el cigarrillo
y mirar a través de la ventana.

Mañana el sol será amarillo
y las nubes nos harán recordar
los cuentos de hadas.

Polvo humano

El polvo recubre enmohece
cerradamente toda esta ciudad.

Resequedad en los labios
humo de los escapes
paredes descascaradas
blancas de yeso o sin sol
puestos de comida callejera supurando grasa
gargantas aspiran polvo
mientras gritan rabia
callan siniestramente
moviendo los ojos hacia arriba
buscando nubes cargadas.

Las máquinas continúan en su girar
de fábricas tarjetas retardos descuentos
resecando huesos y la propia envoltura
respiramos como peces fuera del mar
polvo recubre las pestañas
árboles y hojas mitológicamente verdes

pintados por la ciudad de hongos grisáceos
¿me da fuego por favor?...
Se encrespan las gargantas
rabiosamente escupen conversaciones
el polvo recubre
gorgoteos de plusvalor
se agrietan las calles junto con las arrugas
desbordan ratas y harina
las botellas de leche esperan solitarias
que alguien abra una puerta.
El sol sigue depositando rayos secos
duros molestos blanquecinos
hervir de asfalto cortezas craneanas
nudillos con sus pinzas
puteamos
 tranquila
 metódicamente
con poca salida
al sistema y a su propio polvo.

Con el inmenso rito del gozo
ruidosamente reímos
apenas la gota inicial
roza nuestra mejilla.

La ciudad bebe su primera lluvia.

En un principio

Para mi hijo Gabriel y Julia del Solar

Es posible decir que hemos transformado
las sábanas gastadas en lentos y cálidos arroyuelos
en otros instantes de la historia
las palmas que pulían pieles risoteaban
a las noches
a ésta en especial
al fondo de un año brindis con las últimas semillas
en la copa vacía y desbordando de la existencia calendario
nos perdimos en el laberinto sin conocer
para buscar las huellas de un coito feliz.

Sudorosamente
dejamos nochebuena para hacerla mejor
la almohada fue el pájaro amigo
dejarnos caer con suavidad
al costado del principio de la angosta cama.
Fuimos equilibristas sin red
mariposa juega a danzar con un cerillo
herida cerrando sus labios sobre la navaja
algún pez engatusa el anzuelo

la cita de militantes frente a la comisaría
el barro moldea su manzana.

Recordarás

la tela del terror que llevaba la araña
noche de calor arropado en miedo
la risa realmente contentos
íntimamente alegres
tan poco espacio para tanto amor en movimiento.

Suspiros almorzados como mangos
y los dos

antropófagos
bebimos nuestros jugos
amapolas que se deshacen entre dedos y labios
zumo de sudor y olores
erupción de veinte dedos relampagueando
tamborileo en las médulas

entre los huesos rosas
en el espasmo de la espalda
en la sonrisa de las sienas
arracimando manos

envolventes
acarician penetran ahondan
en el barrio con casas conocidas inexistentes
en la ciudad para los recuerdos y añoranzas
de nuestros cuerpos
colibríes en nuestro prado colibrí

fornicamos colores
para intentar pintar una escalera al arco iris.

En la calidez seca de ese río
giros de faldas entrecruzadas con machetes
los que en su borrachera no nadaron
tantas redes cosechando para la historia de la vida
cántaro de manos que beben al calor de la respiración
pezuñas y relinchos atravesando la otra orilla
balazos que algún momento bordaron en el líquido
viento y su escultura de recuerdos.

Modelar de nuestras propias manos
impregnando las cinturas de calidez
borboteo de figuras musicales
hacíamos girar sin casi darnos cuenta
la mezcla de algo nuevo
ladrillo secándose al interior
raíz de predestinación humanizada
minúsculo principio brotando clandestino
pegamos nuestros cuerpos a la pasión
mientras el río
fue observador y cómplice.

El sol mojó su lengua sedienta
regó y cercenó flores multiformes
sobre el río ocre y nuestras manos.

Se desenrolló la madeja del tiempo
hebras de días y separación
mientras refrescabas tu existencia diaria
entre ojos campesinos nocturnos
calles cortas de barrizal profundo
sonrisas quejosas de cañeros verdes
mujeres meciendo su vida al compás de la ropa lavada
esquina poblada por hombres de botellas borrachas
angustia en las noches manchadas con fantasmas
para despertar en las mañanas tibias
con el duende
que jugueteaba su varita en tu ombligo.

Hablamos con los ojos
miramos las palabras desfilar
descompasadamente
tuvimos miedo
el tuyo
 olía castillos y cerrojos
pasillos goteando oscuridad
con una posible hendidura de luz descolorida
yo sentía desmoronarse mi individual refugio

no poder tomar más
esta vida en la valija vagabunda
ni tampoco
zarpar sin mirar el puerto abandonado
dejar las raíces a flor de tierra
humedecer mis uñas con desconocidas coordenadas
en fin
un comienzo
sin ruleta.

Una célula había nacido para formar otras.
Estábamos embarazados.

Ese aluvión de fragmentos vivientes
gira a nuestro alrededor
satélite de futuro tibio
en una realidad sangrante y violenta.
Los cadáveres forman riscos en las montañas terrosas de
países cercanos, las rodillas al caer se untan de empedrado
y balas, se aceitan con dedos jóvenes los goznes de las puertas,
cuerpos se retuercen al compás de la
picana eléctrica,
las celdas son activísimas en el cerrar y descorrer
de sus barrotes,
una piedra también rompe la vitrina en el negocio
de lo impuesto.

Mota de pez en propio arroyo
flotas silenciosamente
quieto al principio
en la propia sordera de tus ojos en sombras.

Da vuelta el sol sin encontrarse con la luna
comienza a mecerse
arrullado por su propio indicio de pulgar
las aletas se convierten en dedos
que esculpen plácidas líquidas uñas
se mueve
 aventura entre algas carnosas
esa lombriz
traza piruetas primerizas
en la oscura laguna del vientre.

Después sólo la luz.

Inusitadamente real

Para Óscar de la Borbolla y Beatriz Escalante

Los momentos irónicos
van trazando coordenadas
en nuestro deambular vital.
Aunque no está de más decirlo
las brújulas como los relojes de sol
no tienen algún uso
en momento de eclipse
o cuando irrumpe una ceguera momentánea.

Tengo deseos
de denotada influencia sádica
por lo tanto golpeteo con saña
las nalgas de la máquina.
Van rebotando las palabras
letra a letra
en la pared de los deseos
se cumplen pocas veces
sólo el sonido hueco
letras con pared
van creando armonía.

Hay unas profundas ganas
de ahogar lentamente vocablos
cuya función sólo es
crear más abismos entre la acción y la palabra.

Terminan en delicados vapores
oliendo a perfume concentrado
para amortiguar
el vaho pesadamente aceitoso
de lo que ocurre sin saber
imaginando
o escuchando el noticiero de las siete.

Dije este número
sin ninguna intención cabalística
pero algunas veces lo inusitado
es sólo ese momento
cuando doblamos una esquina citadina
para encontrar
un amigo con la garganta degollada.

No quisiera afirmar
pero parece
que las coordenadas
entre lo normal y lo irregular
se confunden

en ese vaso sin agua
que el torturador
acerca a la boca sedienta.
Los manantiales no se van a secar.

Cenizas y reencuentro

A Juan Carlos Colombo

Las hojas **contemplan** el cambio de color
cansadas de ser pintoras decadentes
se suicidan en masa
sepultan arrugas por nacer
en la maraña de los desencuentros.

Los fósforos se apagan al calor de la llama
reverberan sombras sus sonidos
decapitados dedos de la espera
se tuercen junto a esquinas descontentas
ancladas en puertos diferentes.

Los panes se convierten en hormigas
bordan montañas en penumbra
tropiezo entre tus manos
que crean arco iris en espaldas ajenas
equilibristas en el alambre del orgasmo
un descanso en la red del arco mágico.

Estremece pesadilla en los párpados
digiere bolas de nieve con muñecos
algún amigo asesinado camina por mi frente
relincho sueños en madeja de canas
esa esquina suburbana retumba en desconcierto
sigo escalando paredes en la selva
con la pasión del tigre
que ronronea reencuentros.

Las uñas limpias

Para Samuel Gordon

Hablar de los hoyos negros
absorción indigesta del tiempo
absoluta paralización del movimiento
es tan intenso
como las cámaras de tortura
residentes
en nuestros países perdidos.

Recoger memorias
de los desterrados
sin casi calles propias
olvidos de llanto seco
que riegan estos árboles
al recordar aquéllos
color de la comida humosa
un abundante transpirar
producto húmedo
del puerto rezagado en el recuerdo permanente.
Suspiran las rodillas al no rozar
la misma vieja mesa

un pocillo de café
con su olor congelado
memoria
trampa constante de la realidad
idealización de lo pasado
necesidad aberrante de sentirse existente
reconocimiento
pulcro ademán al coger una fruta
los sabores se enmascaran en lugar de nacimiento.
Solitaria pantomima de vida
rompe el espejo actual
un prisma se alza amenazante
deforma
 agranda
 aprisiona
nuestras papilas gustativas
en indecentes ademanes de rechazo
aceptación
 es seguir viviendo.
Exilio
no es sólo una palabra
es quizás insospechadamente
el sentimiento
una forma tribal
olor de las fogatas
al compás

vaivén
de la resina conocida
que va desapareciendo
en las volutas de humareda
que se encaraman
saludan

juguetean
con las fosas nasales
de la patria.
Existe cierta pesadumbre
ante la pérdida
de la pertenencia.

Es fácil usar el cordón umbilical
como corbata de identificación
para alimentar
vagos pesares
de aquello perdido para siempre.

El tiempo humano
no es un hoyo negro
por el cual el tiempo
se detiene.

A pesar de nosotros
los brotes invernales

se traducen
en infinitud de colores y formas
nada se ha detenido
sólo han cambiado
las máscaras de los jardineros
nuestras uñas ya no huelen a tierra
sólo nos quedamos
 observando
 los dedos limpios.

CUANDO LAS PIELES RIMAN
(1994)

El ruido y el silbido

Las hojas de mariguana se entremezclan
con el lento girar de manos
almacenando cortinas de pasado
entre las grutas del acontecer
teñido de colores y pimienta
enrareciendo las yemas de los dedos
con la fatiga del amanecer envuelto
en pieles frías

suaves tristes

sin haber podido embellecerse
con el sonido

flauta y requiebro

flama lenta y casi constante
de un encuentro.

El humo se despereza
entre pulmones y lápices
afiebrado espacio inmóvil
de una noche degollada
en el tic tac circular
de este planeta

encaramado sobre las espaldas
de un elefante.

La boca de la botella se encima en el respaldo
de los labios.

Una cita adormilada
cae en el ruedo
de toros degollados.

El vino desparramado
entre las sillas
se acuesta
a descansar del sueño.
Astillas atraviesan
las flores
mientras el polen
en pesadas nubes
se deposita
entre párpados cansados
un falo suspirante
y las últimas noticias
que no sólo trasmitió la vecina
sino el ruido acompasado
silbante
de un pulmón al ser
atravesado por la bala.

Descubriendo que América...

El alcohol penetra a profundidad
entre venas y nostalgias de lo amado
retoza en burbujas cerebrales
mientras la armazón lógica se licua
entre estertores de labios
que siguen besando

no pocas veces

con la costumbre análoga
con que un burócrata sella
los formularios oficiales.

La desazón patina desde las fosas nasales
escurriéndose por paredones de la piel
arrojándose al vacío de la desesperanza.

Ha aparecido un par de ojos
profundos en su color
como el pozo de la historia por transcurrir
matices de sonrisas y calidez tierna
pueden jugar a la escondida
detrás de los arbustos
a través de las desoladas planicies

Trampas y sol

La fiebre abre trampas

donde la piel y la respiración

hunden sus extremidades

hasta sentir intensamente

desnudos dientes acerados

que se hunden

para desembocar con brusquedad

en el vacío de la somnolencia.

Saltan las cascadas ruidosas

aprisionando firmemente

el cerrado círculo de las sienes

mientras apremia

deseo de silencio

con la vibración del parpadear

y los ojos verdosos

arrugando

el dolor momentáneo

en una honda cargada

que al lanzar su contenido deshace

al sonido en diminutas borlas de colores.

En las almohadas vecinas y lejanas
los cuerpos nadan formando sus océanos
mientras barrotes forman crucifijos
un cuerpo se desliza por el tobogán
agitado y líquido de la fiebre.
El sol sigue siendo
el centro de nuestro universo.

Excelente compañía

Para Fátima Martini

Los fantasmas se entretienen
entre el quebracho y las hamacas
al compás bronco de los vientos
que juegan con la brisa del tiempo
una soga picotea al suelo terroso
risotean rodillas con los rayos del sol
la almohada se ha ido convirtiendo
de osito compañero en pelambre de besos
sudor a sexo vertiginosa lumbre
los textos de libros masajean
las sienes e inconvenientes
esa penumbra de tristeza
invade
 se cuele
 desmañanadamente
entre los retortijones
de un parto denominado separación.

Los fantasmas nos acompañan
no solamente en el eclipse

A través del hombre

La espera

es una estación de tren
de verde y en domingo
donde ventanillas coquetean
con traslúcidas facciones
que se pierden en el infinito de las vías.

Extrañamente los nudillos
quiebran partículas del tiempo
que se deslizan vertiginosamente
en el osario de los relojes.

La arena se agiganta
paulatinamente
bloques inmóviles de playa
estáticos
 forman barreras
inamovibles
con las que jugamos

al rango voltea y salta
a los cuarenta años.

Las lágrimas se desmenuzan
como migas de pan
en el café con leche
la taza revuelve
con premura
su propia cucharita.

El camino continúa
quedando atrás.

Los recuerdos pasados

En memoria de Wolf Ruvinskis

Una sorpresa letárgica

envuelve el quehacer de los lagartos

humanos reptando entre colores

el vapor de los años

entremezclado

con el tomillo maternal.

Imágenes matizadas de regaños

golpe seco en el yunque de la piel

lagrimales derramando cataratas

en el seco vacío

recuerdo de un vaso

mesa tendida

mantel de angustia

abajo

las rodillas corretean

entre desvalidas calles

de los años por cumplir

mientras la bruma interna

forma

recrea
esos inmensos edificios
catastróficos
como un niño
observando
boca abajo
las ramas de los árboles
nubes perdidas en el horizonte.

Raíces vueltas copas
acariciar de sienes
aletean las manos en adioses
atrás de las esquinas
evocación en pleno olvido
de los años primerizos
golpe de piedra en las rodillas
una biblia se cierra
por dentro y con los dientes
largas barbas amenazantes
una falda
hecha dedo acusador
se extiende interminablemente
hasta la frente del pasado presente
sumergido
en pleno vendaval
de la liturgia.

Té hirviente
azúcar entre dientes
balbuceos *ídish* aullantes
 espaldas cargadas de temores
 las espadas degüellan
 se incendian los sobacos
 las ingles cerradas para siempre
 el sexo derramado por las balas
unas papas hierven en la cazuela
se toman quemantes con los dedos
el miedo recorre una y otra vez
el andar trastabillar
de este niño
perdido en sus ojeras
mientras el hoy
 hombre de espaldas cargadas
saluda a su lágrima vertida.

El amanecer se tiñe de quizás.

Concierto

En recuerdo de Esther Seligson

La música desamarra

cajones de recuerdo
pan entre infancia y manteca
barriletes perdidos por azoteas vecinales
sonrisas descubiertas en los cabellos
de mi hermana
cruzan bicicletas en praderas de vaqueros
América grita y descubre a Colón
mi abuelo clava suelas de zapatos
escupiendo las tachuelas en ruso
se incrustan
en alguna calle perdida de los retratos
en el incesto muy deseado
detrás de las cortinas
que alumbran combinaciones tatuadas
en la piel
de tanta esquina envuelta en mis talones.

Recorrer del violín por los muslos del tango
manos acarician cortezas de niños

adolescente dibujo las caderas
en Susanas que siempre han dicho no
garganta eyacula veranos
incendio en las ingles
mano de prima araña en mis raíces
y el sol con todo y rayos
humedece la espalda y una maceta
de sí mismo.

Entre arrugas
vulgar sismo de velas
miro a veces detrás de las respuestas.

Noche de vino y verde

Los animales pequeños
olfatean y mueven sus cuerpos
con la premura que el calor
del follaje reparte a los costados
y desparrama sobre sus costillas
recubiertas de olores y piel.
El verde repercute en el olfato
entrelaza matices que animan
al viento en una danza semi inmóvil
trastornada

petrificado en esa gota de sudor
que derrama desde la fuente de los ojos
depositando simiente de otras miradas
unen la mía con la tuya
en una mesa en que las notas musicales
se encaraman con mucho esfuerzo
por riscos de nuestros oídos
ante el caminar agitado
nervios
de esta cercanía

a pesar del humo
y gracias al vino tinto y blanco
se mancomunan moldean
unas venas y contenido
que desliza juguetón
su penacho ardiente
en un tacto con ganas de pieles.

Sin aliento
borboteando en silencios
las copas verdes y las ramas muertas
todavía existen
bajo el mantel de la mesa
en que los codos se apoyan
al ritmo dilapidado estremecedor
de las palabras que enhebran
borrachas
con el jugo de nuestros labios secos.

Las páginas de los libros
y las puertas del recuerdo
se abrían y cerraban
con la misma velocidad
en que una gacela
corre despavorida en dirección
a un refugio inexistente

Reacomodo

Miro atrás del montículo
de uñas mordidas
por estos años que se reacomodan
en los ombligos del presente
tatuados por los anillos
de tanto árbol caído
en esos claros selváticos
en que dejé atrás al balbuceo en cuatro patas.
Arrastrarme o gatear
fueron momentos rudos y tiernos
en este aprendizaje.

La azada sorda

El café oscuro

tiene el sabor de las despedidas.
Los labios se perforan con tanta palabra
desea destapar ese caracolear
 en el estómago
adentra profundidad en las napas
más ardientes fugaces y eternas
de la sequedad
formando rebanadas de sal
en la lengua del náufrago marino.
Decir algunas cosas con simplicidad
es una búsqueda constante
me cuesta
temor a las palabras de los lunes
como soledad de dos
sábanas frías y piel deshabitada.
La noche se transforma en una azada sorda
que ahueca las tumbas del recuerdo.
Las despedidas amorosas
son como las cartas sin destinatario

se pueden extraviar
la duda es una estampilla con el valor injusto.
Los nudillos golpean el enrejado de la rabia
se descuelgan largas hebras de llantos
y absurdos
desmorona con lentitud
el ego envuelto en la tortuosa madeja del yo
mal herido revolcando la sangre en pastos
de las lecturas
o de un papel blanco del que cosecharán
las letras para formar muñones nuevos
en este cuerpo de venas y calambres
que sigue flotando en el constante
océano del deseo de amar.

Los árboles esperan pacientes
ser transformados en troncos
para balsas.

Cierta torpeza

Los cuerpos esperan agazapados
tensos sus músculos
arando lento en la madeja olorosa
de cada nervadura en la piel.
La conversación es ya perfume
cargado rancio animalesco
somos odres de aceite
mojamos la calma
intenta nadar
ahoga en olas
la espalda se curva
en una forma arquitectónica
totalmente momentánea.
Las uñas zarpan en busca del lago
círculos se van ampliando
meteoros cruzan entre los párpados
el acero hirviendo silba con el líquido
tropezones entre las cuevas
cierta torpeza de ardilla en el desierto
gorrión sobre mar

de nosotros

corretear husmeando

este iniciado intento amoroso.

Los cuerpos dejarán de tratarse de usted.

Por ésas

Las rodillas tiemblan al rozar el vacío
es simple recordar
tantas almohadas con el hueco del reposo
hundir el dedo en la piel balbuceada
por esas pieles orilladas
al costado del tiempo.

LOS TIEMPOS MEZQUINOS
(1992)

I

Me he desacostumbrado

al calor de las lunas.

La brisa desaparece

en un barril de insoportable melaza

mientras la piel en su asfixia

gotea sudor.

En este lugar

golpeé mis manos

contra la tierra

abrí sus costillas

sembré futura cosecha.

Transpirando

me senté a conversar con la sombra

mientras el deseo de libertad

se enredaba

en nudos judaicos.

Despanzurré una naranja

contra el sol

el mentón se humedeció

bajé y subí entre púas
deposité las tardes
en los agudos perfumes del limón.

Las palabras

I

Incluso con raíces en tierra envejecidas
un tronco que se muere en el polvo
en cuanto siente el agua reflorece
y echa ramaje como una planta joven.
Entraremos en jardines por debajo de los cuales
discurren los ríos.

II

Ponerse frente al espejo del pasado
restregar levemente las imágenes
desvanecidas
soplar el polvillo que las cubre
recrearlas nuevamente
hacerlas brillar con vida propia.
Es una labor implacable
reencontrarse
con el otro

con ese otro que es uno.
Casi no nos damos cuenta
por razones
de los aconteceres diarios.
Tomar mi juventud
en algún momento
darle la vuelta como a los bolsillos
de los pantalones usados
reconocer la pelusilla de las aventuras
y algún boleto de viaje realizado.

Estaba en el tiempo del aprendizaje
las mejillas conocían poco la hoja de afeitar
los libros y la frescura de la utopía
ocupaban toda mi mochila.
Zarpé del país con calles anchas
las más anchas del mundo
de los almuerzos largos y domingueros
pasando días de mareo
y platos bailoteando junto con los cuerpos
al ritmo natural de las olas del mar
para desembocar en otro puerto.
Paseando la mirada por carteles
que ostentaban extraños jeroglíficos
cambié los domingos por los sábados
las empanadas por el falafel

y el directo vos informal
por un tú respetuoso.

Fue difícil romper el cascarón
de la apariencia.

Los discursos de retorno e igualdad
la socialista imagen del kibutz
se desmigajaron con tristeza
al rozarse
una simple mirada observadora
con la blanca aldea árabe.

Demasiada pobreza
para un mismo lugar.

Mi sano olfato juvenil
empezó a perfumarse en podredumbre.

Me acerqué
junto con las tardes soleadas
bajo la sombra de interminables tazas
de café cargado y dulzón
a los espacios desconocidos de la historia.

Me hablaron de su gente
los peces y los naranjales perdidos
las almendras por cosechar
mientras los jóvenes rubios y de buenas intenciones

hacían aceite a puntapiés de esas almendras
bañaban en petróleo a los frutos
para que sólo hubiera un mercado hebreo
y un trabajo igual.

Se desgarraron en la caída
las rodillas de mi inocencia.

Las palabras

II

No brota la inequidad del polvo
ni germina del suelo la aficción
es el hombre quien la engendra
como levantan el vuelo
los hijos del relámpago.

III

Ésta es la zona
de los grandes mitos.
Encapuchados Moisés
almuerzan con ojerosos Jeremías
al costado todavía distante
cetrinos y delgados Muhamad
escupen huesos de aceitunas
entre sorbos de rabia.
A nadie se le oculta
la sonrisa.

Los músculos faciales tiemblan
y se dedican a llorar
por tantos lamentos
y demasiado muro.

Es un lugar soleado
que huele a muerte.
Algunas casas y sus piedras
se han construido
con brazos de números tatuados.
No se comen excesivas frituras
por temor al recuerdo.
Los aljibes se han llenado de lágrimas.
El balde sube y baja
mientras los pañuelos
flamean
en forma de bandera
con una estrella azul
que comienza a tatuar
en otros hombres
señales de otro estigma.

El fruto y las higueras
han comenzado a derramar
leche amarga.

Las palabras

III

Luego se endurecieron vuestros corazones
y fueron como piedras
o más fuertes
de duros.

Pregunta si no
a la generación pasada
medita en la experiencia
de sus padres.

¿Por qué arropáis lo verdadero
con lo vano
y calláis la verdad
que vosotros sabéis?

No sabemos nada
como una sombra
nuestros días en la tierra.

V

Los olivos murmuran
sobre las zanjas que fueron casas
o en los trozos de loza
que alguna vez
cobijaron redondos
panes árabes
que sonreían blanco
a los dientes.

Un trago lento y leve
de agua fresca
lavado el paladar
de ese café pastoso
un corto ademán
de entretejerse dedos
en el mismo momento
en que la explosión
hacía hondo
el instante del silencio.

Las bocas de todos los asesinados
fragmentan
a la historia
en un gemido largo.

Las palabras

V

Me han defraudado mis hermanos.

Lo mismo un torrente
como el lecho de torrentes
pasan turbios
sobre ellos se disuelve la nieve
pero en tiempo de estiaje
evaporan
en cuanto hace calor
se extinguen en su lecho.
Brotan toda clase de seres
mudan los vientos
y las nubes
señales
para un pueblo que medita.

VI

La llave es siempre
el recuerdo de una puerta.
Juguetear con una o varias
es tener entre dedos
una taza de café o té
transformada
en conversaciones de descanso.
Miles de índices
señalan mojones
en la vida tranquila
de tanta gente en familia.
Dulce con almendra
pastel de manzana
preceptos mosaicos
enseñanzas coránicas
tristezas entre los dientes
las llaves
que guardan amantemente
en cajones alcanforados
o latas de galletas
y sacan por las tardes
los judíos de Toledo
Salónica o Berlín
junto con los árabes

de Haifa, Tul Karem
o toda Palestina.

Son llaves tristes
que no permiten abrir
sino recuerdos
llaves que no pueden perderse
indicios de exilio.

Repletas de añoranza
por el momento simple
giratorio
de crear el sonido y la acción
de abrir una puerta.
Enmohecidas
llenas de recuerdos
agigantándose
en la tragedia.

Gritos y calambres
ventanas saltando juguetonas
al llamado del fuego
la explosión
las piedras
el fusil y el insulto.

Crean mapas en las pieles
búsqueda de tesoros
 isla perdida y encontrable
vida de náufrago en tierra
 barco a la deriva
timón entre las manos
 atadas
mientras las ratas
invaden brincan huelen
mordisquean
toda esta esquirla
diminuta e inmensa
de una llave
que ha perdido su puerta.

Las palabras

VI

Mis días en humo se disipan
huesos arden lo mismo que un brasero
el corazón se marchita
y olvido comer mi pan.
Pero cuando no recordaron
abrimos sobre ellos las puertas
de toda cosa
mientras se alegraban
con lo que pudieran recibir
los atrapamos de improviso
entonces hizo sustancia la desesperación.
El pan masticado es la ceniza
mezclo la bebida con lágrimas
mis días son la sombra que declina
y me seco como el heno.

LOS LENTES Y MARX
(1979)

Buscando

Sus labios me observaban

silenciosos

quise leer en ellos

mi presente o pasado

buscar entre zarzales

la respuesta

pero sólo encontré

al viento desnudo

entre las hojas quietas

y a un caracol sordo

sin mar.

Resurrección

El otoño va cayendo

de los árboles
dejando un vacío
como el suspiro
de los niños que tienen
hambre
ese extraño deseo
llamado amor ha resucitado
no quiero
que las hojas
tú
y el frío
lo oculten nuevamente.

Los árboles quedan desnudos
y los pájaros vuelan
hacia el oriente.

Insomnio

Ha regresado el insomnio
silencioso
 aburrido
ardiente
 y terriblemente hambriento
hambriento
 de mis propios pensamientos
y esos huesos tristes.

Regresa
 ampliando
asombrosamente la noche
oscureciendo
 más la oscuridad
y la lámpara caliente.

La ansiedad de la espera
se vuelca
 en jarrones de colores

Casi banal

cuando ahora

en otro lugar

el no dormir

es por un temblor de tierra

perros que ahuyentan estrellas

manos cosechando huesos quebrantados

la madre sin más niño y sus senos

desérticamente ardientes

la llave que ya no encuentra puerta

unos dedos que se estiran entre la uña

y la tortura

una sequía que deja sin pan

el despido que deja con hambre

el hambre que llena la noche

así

mi insomnio es casi banal

sólo eso

un insomnio de la soledad.

Punto final

Las relaciones son muchas veces
teoremas
de puntos y comas
que se entremezclan
no pocas veces
con signos de admiración
acentuando
esos largos párrafos
que es mi mano en tu cintura
las vueltas de una esquina
alumbrada con un beso recuerdo
algún poema leído a media luz
mientras tu seno se recuesta en mis labios
esa rabia y ahogo
que lo vamos marcando
en el globo terráqueo de mi puño
el periódico del día
ensabanando el piso
y el capital de Marx
que se enhebra en las cejas

la puteada de clase
y un rulito del pubis
el hoyuelo de tu sonrisa
que viste a la tristeza
de los lunesviernes
en colibríes revoloteando
mientras desvisto
tu nuca
con mi lengua
y nos lavamos
enjabonándonos con sábado
haciendo burbujas de contentos
que explotan
en un flotante hongo
derramando arco iris en un solo color
o el café caliente de la mañana tibia
que en esos largos meses
ya forma una humareda
que ahoga a los vecinos
a sus pantuflas nuevas
y a sus sentimientos envueltos en algodones.

Las frases siguen cortando caña
para terminar
en la botella de un ron nada cubano
en un artículo de obreros argentinos

que estoy por escribir
en tus piernas delgadas con tus senos pequeños
que hacen vibrar mi consciente, subconsciente
y también a mi pene
en tantas de esas flores que no he podido oler
mientras comprabas algunas siemprevivas
con esa luna llena
sabiendo
a leche con café más bostezo nocturno
nuestros labios
que juegan
a dulce de membrillo
con un beso en un fa sostenido
y un sol metido en tu epidermis
que retoza con la gacela negra
con mis manos jugando a panadero
en ese inmenso horno
un árbol refrescando las mieles
de este panal en que nosotros dos comemos.

Los párrafos se amustian con un tiempo
en que la buena letra ya no ayuda
y por lo tanto
no es nada mejor
aunque tristón

como un gato mojado
o un herrero y sus manos
que poner punto final
a todo párrafo
y al mismo cuento.

ÍNDICE

7 Una memoria que encuentra su cómo

EL OJO HISTÓRICO (2014)

- 19 La cantante muda
- 22 El ojo histórico
- 24 El vuelo de los sentidos
- 25 El escaparate
- 26 El ojo histórico
- 28 La ciudad en el viento
- 30 Desde el horror
- 32 El vuelo de los sentidos
- 34 El ojo histórico
- 36 El ojo histórico
- 37 Desde el horror
- 39 La cantante muda

LOS ENEMIGOS DEL SILENCIO (2014)

El cercano enemigo

47 Insomne

Despedidas y reencuentros

55 Un viaje de reconocimiento

58 La carrera

62 La palabra

63 Dejando atrás

65 No es maná lo que cae

67 Nubes y bruma

SUSURROS DE LA MEMORIA (2006)

71 II

74 IV

76 VI

79 IX

81 XI

83 Telaraña en la vida

85 Iguana del tiempo

88 La borrachera del conejo

- 90 Reconocer
93 Se han separado los cuerpos

MOLINOS DE FUEGO (2003)

- 97 IV
99 VI
101 VII
103 VIII
105 XIV
106 XVIII
107 XX
110 XXV
111 El susurro del fuego

COMO EL MAR QUE NOS HABITA (1999)

- 121 Sólo un indicio...
131 Las ansias y el sol
133 La marcha y los círculos
135 Aroma de principio
137 Paseo
139 Serenidad matutina
140 Cuerpo hecho sal
142 Soplar al tiempo

VIAJE A TRAVÉS DE LOS ETCÉTERAS (1998)

- 147 Viajes
- 148 V
- 149 VI
- 150 XI
- 153 Los hombros húmedos
- 155 Polvo humano
- 157 En un principio
- 163 Inusitadamente real
- 166 Cenizas y reencuentro
- 168 Las uñas limpias

CUANDO LAS PIELES RIMAN (1994)

- 175 El ruido y el silbido
- 177 Descubriendo que América...
- 179 Trampas y sol
- 181 Excelente compañía
- 183 A través del hombre
- 185 Los recuerdos pasados
- 188 Concierto
- 190 Noche de vino y verde
- 193 Reacomodo
- 194 La azada sorda

196 Cierta torpeza

198 Por ésas

LOS TIEMPOS MEZQUINOS (1992)

201 I

203 Las palabras

207 Las palabras

209 Las palabras

211 Las palabras

215 Las palabras

LOS LENTES Y MARX (1979)

219 Buscando

220 Resurrección

221 Insomnio

224 Punto final



El río sin

orillas. Antología 1979-

2014, de Eduardo Mosches, se terminó de imprimir en diciembre de 2018, en los talleres gráficos de Universal GP, S. A. de C. V., ubicados en Ayuntamiento núm. 27, colonia Del Carmen, delegación Coyoacán, C. P. 04100, Ciudad de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, diseñada por Alejandro Lo Celso para la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez.

Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor.

Editor responsable: Félix Suárez.

